



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO
Magister en Psicología Clínica de Adultos

**INTEGRACIÓN TEÓRICO-EMPÍRICA EN TORNO AL
CONCEPTO DE INTERSUBJETIVIDAD**
Un diálogo entre fenomenología, neurociencia y constructivismo
cognitivo

Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica de Adultos

CAROLINA CÁRDENAS MARÍN

Profesor Guía:
Dr. Juan Yáñez M.

Santiago, 2021

INTEGRACIÓN TEÓRICO-EMPÍRICA EN TORNO AL CONCEPTO DE INTERSUBJETIVIDAD

Un diálogo entre fenomenología, neurociencia y constructivismo cognitivo

*“una fuerza poderosa y secreta
me asegura que,
si los otros no existieran,
yo tampoco existiría”
Gabriel Marcel, 1935.*

*Dedicada a la comunidad intersubjetiva
que me acompañó en este paseo reflexivo,
sin la cual, nada de esto sería posible.*

RESUMEN

En el modelo Constructivista Cognitivo la Intersubjetividad es un elemento constitutivo en la comprensión del ser humano, viendo al sujeto constructivista como un ser biológico, social y objeto de lo interpersonal. Esta perspectiva es compartida por la Fenomenología, quien ve a los sujetos como seres corporizados que existen dentro de un mundo compartido por otros. La neurociencia por otro lado ha tenido importantes avances en torno a la intersubjetividad, demostrando que el cerebro depende de procesos sociales para funcionar y de otros cerebros para desarrollarse.

A partir de las bases ofrecidas por estos tres enfoques, se propone un modelo multinivel para la comprensión de la intersubjetividad, que incluye el nivel biológico, corporizado, narrativo y ontológico. Con esto se ofrece una concepción Constructivista Cognitiva de intersubjetividad, la cual se ve complementada con los aspectos fenomenológicos y neurocientíficos entorno a la noción de intersubjetividad. Debido a lo anterior, la presente investigación tiene por objetivo aportar al avance en la comprensión de la noción de intersubjetividad y aportar a la práctica psicoterapéutica, por medio de una integración teórico-empírica, entre el modelo constructivista cognitivo, la fenomenología y la neurociencia. Para el logro de este objetivo se realiza una investigación teórica, de carácter documental, exploratoria y relacional.

PALABRAS CLAVES: Intersubjetividad, Constructivismo Cognitivo, Fenomenología, Neurociencia.

INDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	1
II. OBJETIVOS E HIPÓTESIS	6
Objetivo General:	6
Objetivos Específicos:	6
Preguntas Directrices e Hipótesis	6
III. METODOLOGÍA.....	7
IV. BASES FENOMÉNOLOGICAS DE LA INTERSUBJETIVIDAD.....	8
Conciencia, Sí Mismo y Subjetividad.....	8
Intersubjetividad y el Problema del otro.....	12
V. INTERSUBJETIVIDAD EN EL CONSTRUCTIVISMO.....	18
Momento Constructivista – Sujeto Intersubjetivo	18
Dinámica Fundacional de la Intersubjetividad.....	24
El Vínculo Afectivo en la Construcción del Sujeto Intersubjetivo.....	26
El Desarrollo de la Identidad en el Contexto Intersubjetivo	28
Lenguaje, Identidad e Intersubjetividad	31
La Corporalidad en el Sujeto Constructivista Intersubjetivo.....	34
VI. HACIA UN CEREBRO INTERSUBJETIVO	36
Especialización Social del Cerebro	36
El Lenguaje en el Cerebro.....	38
Relaciones Tempranas y Cerebro Intersubjetivo	40
Intersubjetividad en el Laboratorio	44
Empatía Emocional.....	45
Empatía Cognitiva o Mentalización.....	48
Diferenciación entre la Propia Conciencia y la Conciencia del Otro.....	52
VII. UNA MIRADA CONSTRUCTIVISTA COGNITIVA DE LA INTERSUBJETIVIDAD	61
Intersubjetividad Biológica	61
Intersubjetividad Corporizada	65
Intersubjetividad Narrativa	69
Intersubjetividad Ontológica.....	71
VIII. CONCLUSIONES.....	75
IX. BIBLIOGRAFÍA.....	79

I. INTRODUCCIÓN

Dentro de la epistemología constructivista, la noción de intersubjetividad es uno de los elementos constitutivos de la forma de entender al ser humano, que lo diferencia de las epistemologías predecesoras, enriqueciendo y complejizando la concepción de sujeto. Es así como el sujeto constructivista es visto como un ser biológico y social, donde su existencia no es concebible si no es en interdependencia con otros, es decir, “el sujeto constructivista es objeto de lo interpersonal” (Yáñez, 2005, p. 43).

La mirada constructivista, a diferencia de los enfoques predecesores, reconoce a un ser humano como constructor de su propia realidad e inmerso en una red de relaciones interpersonales, con una subjetividad que dependería del establecimiento de vínculos con otros, para ordenarse a sí mismo. Esta dependencia respecto de los otros, refleja una cuestión esencial para el sujeto constructivo: tomar conciencia de su propia “incompletitud”, la cual surge de la duda o incertidumbre acerca de su propia estructura y organización (Yáñez, 2005). La intersubjetividad aparece entonces, como una experiencia constante e inevitable, que provee procesos de apego, reconocimiento y confirmación de parte de los otros, favoreciendo la certidumbre respecto del sí mismo, es decir, el mundo intersubjetivo se constituye en el referente que confirma o desconfirma las intenciones adaptativas del sujeto.

Considerando la importancia de la noción de intersubjetividad para el constructivismo en general y para el constructivismo cognitivo en particular, se hace necesario proponer una noción de intersubjetividad propia del modelo, que refleje la riqueza de esta concepción y que contemple fundamentos tanto empíricos como teóricos en su definición.

Siguiendo el enfoque que ha tenido la fenomenología y el constructivismo de Guidano y de Arciero, se entiende que la discusión teórica, se ve enriquecida de los aportes empíricos que genera la neurociencia respecto a temáticas vinculadas con la construcción de la subjetividad del sujeto.

A este respecto Giampiero Arciero y colegas (2018) plantean que:

Si el campo temático de la psicología es repensado a la luz de la motilidad de la vida, la psicoterapia requiere incorporar inevitablemente, una nueva dimensión de investigación en forma de nuevo compromiso con las ciencias de la vida y especialmente con la neurociencia. (p.206)

El científico premio Nobel Eric Kandel (2005) también considera que la biología molecular debe brindar una nueva perspectiva sobre el estudio del comportamiento y que las ideas subsiguientes deberían conducir a una nueva “ciencia de la mente”, basada en el marco empírico riguroso de la biología molecular, pero que incorpore los conceptos humanistas de la psicología. La psicología tiene las preguntas que la neurobiología debe responder, y la neurociencia con su rigurosidad empírica permite a la psicología generar un nuevo nivel de comprensión sobre los fenómenos psicológicos (Kandel, 2005). De acuerdo con Tryon (2014) una integración teórico-empírica entre la Neurociencia y la Psicoterapia, favorece que la psicología pueda convertirse en una “ciencia madura”, entendida como aquella que explica hechos y fenómenos bien replicados sobre la base de principios y / o leyes aceptadas, usando un lenguaje en común.

Tomando en consideración estas valiosas apreciaciones, la presente tesis ofrece iniciar un diálogo entre la neurociencia y el modelo constructivista cognitivo.

Se puede decir que el modelo constructivista cognitivo ofrece un marco epistemológico, paradigmático y teórico conceptual sólido desde el cual comprender la intersubjetividad y sus implicancias en la psicoterapia reflejadas, por ejemplo, en la consideración diacrónica del paciente, el énfasis en el cuidado de la alianza y el encuadre terapéutico, en sus intervenciones terapéuticas, entre otros.

Por otro lado, la neurociencia entrega una explicación empírica rigurosa acerca de lo que sucede a nivel neurobiológico frente a los procesos interpersonales e intersubjetivos en estudios de cognición social, teoría de la mente, neurona espejo, por nombrar algunos.

Por tanto, un diálogo entre ambas líneas claramente aporta al avance de la comprensión de la noción de intersubjetividad, enriqueciendo las bases conceptuales que sustentan el modelo constructivista cognitivo.

Si bien cada una de estas dos líneas de estudio tiene ejes de análisis bastante distintos, ambas plantean visiones complementarias que conllevan a una comprensión más amplia e integradora del proceso intersubjetivo en el contexto psicoterapéutico, fortaleciendo uno de los conceptos fundamentales del modelo constructivista cognitivo como es la Intersubjetividad.

A través de una integración teórico-empírica se busca avanzar en la comprensión del fenómeno intersubjetivo, al permitir proponer conceptualizaciones más refinadas, favoreciendo un acercamiento desde una teoría dinámica que se consolida y progresa por la integración empírica a sus postulados teóricos. Para este fin se considera en la revisión una de las bases filosóficas del Modelo Constructivista Cognitivo, en particular de la filosofía fenomenológica.

Un aspecto realmente interesante en esta revisión es que el diálogo entre fenomenología y neurociencia ya tiene un camino avanzado desde hace más de 10 años. El trabajo multidisciplinar que han logrado, ofrece un valioso material para la psicología, quien se puede alimentar de estos avances para implementar mejoras y precisar su abordaje psicoterapéutico.

En este sentido, el Modelo Constructivista Cognitivo se convertiría en el eje aplicado de esta interacción, en donde la fenomenología propone líneas de reflexión, la neurociencia evalúa en el laboratorio el fundamento neurobiológico de estas proposiciones y el Constructivismo Cognitivo en su aplicación terapéutica enriquece la calidad de sus aportes a la salud mental.

La Fenomenología desde Merlau-Ponty y Husserl hasta los filósofos actuales como Gallagher y Zahavi, han elaborado un concepto de sujeto que vive en una intersubjetividad corporizada. Por otro lado, Gallagher (2000) y Zahavi (2005) hablan de un yo que se produce en la experiencia inmediata y siempre forma parte de la experiencia del mundo. A partir de esto se desarrolla la noción de una intersubjetividad prerreflexiva.

Considerando estos postulados la neurociencia a desarrollado una serie de investigaciones que dan luz a los procesos neurobiológicos a la base de estos

planteamientos filosóficos. La neurociencia ha demostrado que el humano es eminentemente un ser intersubjetivo. El cerebro ha evolucionado dotando al ser humano de capacidades exclusivas con relación a la vida en comunidad. La adquisición de estas habilidades cognitivas únicas favorece una forma de existir con otros cada vez más intrincada, en donde el vivir con otros en un contexto social permite el desarrollo óptimo de las funciones cerebrales.

A partir de lo señalado se propone como **hipótesis de trabajo** lo siguiente:

Si el individuo construye su realidad y por ende su subjetividad a partir de sus relaciones a lo largo de la vida. Y estas interacciones generan un marco de referencia para la instalación de los procesos cognitivos, afectivos y biológicos para el sujeto. El comprender estos procesos a nivel fenomenológico, psicológico y neurobiológico bajo el concepto de intersubjetividad permitiría fortalecer esta noción, como resultado de sumar en su definición elementos conceptuales de estas disciplinas y por lo tanto aportar a la consolidación del modelo constructivista cognitivo.

Con todo esto **el objetivo propuesto es** finalmente aportar al avance en la comprensión de la noción de intersubjetividad en el contexto psicoterapéutico por medio de una integración teórico-empírica entre el modelo constructivista cognitivo, la fenomenología y las evidencias provenientes de la neurociencia.

Las **preguntas directrices** que guían la presente investigación serán:

¿Cuáles son los componentes de la intersubjetividad que pueden ser responsables de la construcción de la subjetividad?

¿Cuál es el papel de la intersubjetividad en la construcción de significados personales?

A partir del diálogo teórico empírico generado en este trabajo, nace una concepción de intersubjetividad constructivista cognitiva, que se propone como una noción multinivel.

La alta complejidad de este concepto, ha provocado múltiples definiciones dependiendo del paradigma desde el cual se aborda. Con la finalidad de contemplar esta complejidad, es que nuestra definición de intersubjetividad no puede sino proponer una mirada integradora de los distintos aspectos en que la intersubjetividad impacta al individuo. Articulando una concepción clara, que

favorezca su aplicación en los procesos psicoterapéuticos, como también precisa, de modo de proveer bases sólidas a las técnicas terapéuticas.

De esta forma la noción de intersubjetividad propuesta considera el eje sincrónico y el eje diacrónico en la mirada del ser humano. Además, contempla tanto los aspectos biológicos, corporizados, narrativos y ontológicos, en una sola concepción. Esta desarticulación en cuatro niveles busca dar énfasis particulares a los distintos niveles de un proceso continuo. Esta forma de ver la intersubjetividad ofrece la plasticidad de explicar los niveles por los que se moviliza un individuo desde su subjetividad y dentro de una ineludible intersubjetividad.

II. OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Objetivo General:

Aportar al avance en la comprensión de la noción de intersubjetividad en el contexto psicoterapéutico por medio de una integración teórico-empírica entre el modelo constructivista cognitivo, la fenomenología y las evidencias provenientes de la neurociencia.

Objetivos Específicos:

1. Delimitar un cuerpo de conocimiento empírico de referencia a partir de las evidencias generadas por la neurociencia en torno al concepto de Intersubjetividad.
2. Establecer relaciones entre los aspectos empíricos y teóricos en torno al concepto de intersubjetividad, en el contexto psicoterapéutico, a partir de los actuales avances en el Constructivismo Cognitivo y la Neurociencia.
3. Proponer un concepto de Intersubjetividad que integre la relación entre el modelo Constructivista Cognitivo, la Fenomenología y la Neurociencia.

Preguntas Directrices e Hipótesis

¿Cuáles son los componentes de la intersubjetividad que pueden ser responsables de la construcción de la subjetividad?

¿Cuál es el papel de la intersubjetividad en la construcción de significados personales?

Si el individuo construye su realidad y por ende su subjetividad a partir de sus relaciones a lo largo de la vida. Y estas interacciones generan un marco de referencia para la instalación de los procesos cognitivos, afectivos y biológicos para el sujeto. El comprender estos procesos a nivel fenomenológico, psicológico y neurobiológico bajo el concepto de intersubjetividad permitiría fortalecer esta noción, como resultado de sumar en su definición elementos conceptuales de estas disciplinas y por lo tanto aportar a la consolidación del modelo constructivista cognitivo.

III. METODOLOGÍA

El presente trabajo corresponde a una investigación teórica, de carácter documental, exploratorio y relacional. Es de carácter teórico, puesto que, de la labor documental, se originará un proceso de revisión, análisis, sistematización e interpretación, de la información disponible sobre el tema. Se plantea como documental, ya que la principal fuente de información serán documentos publicados como libros, artículos, tesis, diccionarios, etc. Exploratorio, debido a que desde la Psicología y más específicamente desde el Constructivismo, el diálogo con las Neurociencias se encuentra en un estado incipiente, por lo que esta investigación se constituye como una aproximación inicial al problema de investigación. Y relacional, ya que se pretende establecer la posible correspondencia entre los planteamientos teóricos del modelo, con los resultados empíricos obtenidos desde la neurociencia ofreciendo lineamientos para el mejoramiento de la práctica clínica (Hernández, Fernández y Baptista, 2014).

IV. BASES FENOMÉNOLOGICAS DE LA INTERSUBJETIVIDAD

El concepto de Intersubjetividad tiene sus orígenes en la filosofía idealista alemana; sin embargo, son las contribuciones de la filosofía fenomenológica¹ las que le otorgan a esta noción un significado más amplio y sistemático, especialmente a través de los aportes de Husserl y Merleau-Ponty (Mearns & Cooper, 2011; Sassenfeld, 2010). La forma como Husserl aborda la intersubjetividad puede entenderse, como una aproximación trascendental² al *problema del otro*. Y ¿cuál es este problema?

El problema de la intersubjetividad, o el problema de otras mentes, se refiere a que, si solo tengo acceso a mi propia mente, que es una entidad muy privada a la que solo yo puedo acceder, ¿cómo puedo entender las mentes de otras personas? ¿Cómo puedo compartir el mundo con otros? ¿Cómo pueden las personas compartir sus propios estados mentales?.

Antes de responder el problema del otro, se hace necesario responder la pregunta de quién es el yo que se diferencia del otro, que entiende otras mentes y que comparte el mundo con otros. Esto lleva al tema del self, la conciencia del yo y por tanto a la subjetividad.

Conciencia, Sí Mismo y Subjetividad

Desde un punto de vista fenomenológico, la conciencia es siempre intencional, esto significa que la conciencia es siempre una conciencia de algo (Gallese, 2009). Los procesos cognitivos a la base de esta intencionalidad están arraigados en el acercamiento y la relación con el mundo de nuestras acciones corporales. Según Heidegger (1927/1962), los pensamientos o los conceptos, deben entenderse como originados de nuestra experiencia práctica del mundo, afirmando que todo significado tiene sus raíces en la ontología del ser-en-el-

¹ Fenomenología es una la tradición filosófica iniciada en el siglo XX por Husserl y desarrollada por filósofos como Heidegger, Merleau-Ponty, Sartre y muchos otros. Constituye una nueva dimensión paradigmática, opuesta tanto al positivismo como a toda ciencia sin sujeto.

² Husserl pretende fundamentar lo que llama "subjetividad trascendental", que tiende siempre a la integración en un campo compartido, generado en la interacción, que Husserl llama "intersubjetividad trascendental". Esta noción de trascendencia referida al mundo se opone a la noción de inmanencia que esta referida al sujeto.

mundo. Este estar en el mundo precede a la reflexión. El ser y el mundo deben verse como un fenómeno unitario, intrínseca y ontológicamente conectados.

Esta consciencia intencionada y situada en el mundo, contiene de manera inherente a un yo que experimenta en primera persona (Zahavi, 2005; Gallagher & Zahavi, 2012). Como señala Zahavi (2005), el yo siempre está acompañado por algún tipo de conciencia del mundo externo, incluso no siendo consciente de que el yo es parte de esa experiencia. Es por esto, que se habla de un yo "prerreflexivo", que significa antes de la reflexión, es decir, está ahí en la experiencia incluso si no se piensa sobre el. Este yo, es al mismo tiempo una parte inherente de la propia experiencia y, por tanto, de la conciencia. En consecuencia, el yo ya no está fuera de la conciencia³ sino que es una parte integral de ella, es por esto que en ocasiones se habla de "autoconciencia". De acuerdo con Northoff (2017) en esta autoconciencia prerreflexiva, el yo está siempre presente en la conciencia y, por tanto, en la experiencia subjetiva. Lo que implica una experiencia implícita o tácita del yo en la conciencia.

Gallagher (2014) explica que la concepción de un "yo fenomenológico" enfatiza la naturaleza subjetivo-experiencial del yo, algo así como un sentido del yo, que daría lugar a la conciencia de la experiencia. Esta naturaleza subjetivo-experiencial del yo fenomenológico, es distinto al yo de naturaleza objetiva-observacional y biológica, el cual ha sido denominado por la filosofía fenomenológica como "yo mínimo"; que es el que describe un sentido básico del yo que se produce en la experiencia inmediata y siempre forma parte de la experiencia del mundo.

Este yo, no proporciona un vínculo entre diferentes momentos en el tiempo, en tanto no da continuidad en el tiempo, ya que está ligado a eventos corporales particulares (Jeannerod, 2006). Este concepto del yo, sustentado en el cuerpo, sería un elemento constitutivo del yo fenomenológico, siendo su rasgo más objetivo-observacional. Es por esta razón, que este concepto del yo pasaría a ser una versión mínima del yo.

Es en este contexto que los filósofos fenomenológicos actuales como Gallagher (2000) o Zahavi (2005) hablan de un "yo mínimo" cuando se refieren a un yo

³ Como lo planteó Descartes.

implícito, tácito e inmediatamente experimentado en la conciencia. El yo mínimo ocurre antes de la verbalización y, por tanto, de la expresión lingüística. Es una experiencia, un sentido del yo que apenas se puede poner en conceptos. Se puede experimentar como uno mismo, pero realmente no es posible describir estas experiencias en términos de conceptos y, por lo tanto, articularlas de una manera lingüística (Zahavi, 2005). Por lo tanto, el yo mínimo puede ser considerado prelingüístico y preconceptual.

Husserl (1913/1939) plantea una diferenciación entre (*Körper*) cuerpo material o cuerpo como objeto y (*Leib*) cuerpo vivido como propio o cuerpo como sujeto. El cuerpo como objeto se refiere, por ejemplo, a enfocarse reflexivamente en una parte del cuerpo y tiene las mismas cualidades que otro cuerpo en el espacio, por ejemplo, responde a las leyes de la física (Sánchez & Medina, 2018). Por otro lado, el cuerpo como sujeto se relaciona con el cuerpo que percibe o experimenta, el que se mueve, en donde la mayor parte de la experiencia es prerreflexiva⁴ (Gallagher, 2014).

Tanto Husserl como Merleau-Ponty, plantearon una subjetividad corporizada, en la comprensión de que la subjetividad ocurre gracias a que existe un cuerpo que percibe y que experimenta. Esta existencia corporizada, la cual está inserta en un entorno con otros yoes, es la base de lo que sería una intersubjetividad corporizada (Sassenfeld, 2010).

El cuerpo también tiene un papel central en el concepto del yo mínimo, ya que existe gracias a las funciones del cerebro y del cuerpo. Sus funciones sensoriomotoras y fisiológicas producen y constituyen este yo y son las que lo vinculan con el medio ambiente (Northoff, 2017).

Por otra parte, el cuerpo se puede experimentar desde una perspectiva en primera persona, que correspondería al cuerpo que experimentamos conscientemente, también conocido como cuerpo vivido (*Leib*). Es reconocido como diferente al de los demás y se experimenta en relación con el yo como “belongingness” o “mineness”, o en términos de ser propio o mío (Gallagher, 2000; Zahavi, 2010). De esta forma, la experiencia del cuerpo vivido puede

⁴ Es una noción de conciencia prerreflexiva de la posición y el movimiento corporales (basada en procesos propioceptivos, cinestésicos como, información visual y táctil). Es decir, cuando percibo el mundo también tengo una conciencia implícita de mi propia posición, postura y movimiento.

considerarse como la primera y más fundamental manifestación del yo fenomenológico o mínimo. El yo en su forma más básica y mínima es, por tanto, esencialmente un yo corporal (Northoff, 2017).

Esta propuesta fenomenológica, nos permite inferir una concepción del yo y de la conciencia, que ocurre en distintos niveles al mismo tiempo. Un nivel inmediato, tácito y prerreflexivo que ocurre sin participación de la conciencia ni del lenguaje. Y un segundo nivel, construido sobre el primero. En este segundo nivel ya es posible ser consciente del yo y de los pensamientos que este produce, por tanto puede ser compartido mediante el lenguaje. Este sería el "yo narrativo", que consiste en la identidad social y la memoria autobiográfica que se extiende a través del tiempo y le permite al individuo construir un sentido consciente de unidad (Gallager, 2000).

En este yo, el lenguaje se hace presente y representa simbólicamente lo que el cuerpo encarnado y situado experimenta. Como plantea Gallese (2009) el lenguaje conecta todas las acciones posibles dentro de una red que expande el significado de las experiencias individuales situadas. En otras palabras, el lenguaje es significativo debido a que revela posibilidades de acciones contextuales (Heidegger, 1927/1962).

Por ejemplo, la comprensión del significado de una palabra como "silla", no deriva de un juego lingüístico dado por una etiqueta a un objeto específico en el mundo. Sino más bien el significado de "silla" deriva de su uso, de lo que es posible hacer con ella, es decir, de las múltiples e interrelacionadas posibilidades de acción que el concepto evoca. Por tanto, el significado es el resultado de nuestras interacciones situadas con el mundo y el lenguaje es ontológicamente de naturaleza práctica (Gallese, 2009).

Merleau-Ponty (1960/1964) también enfatiza la relación entre el lenguaje y el cuerpo, proponiendo que la significación despierta el habla como el mundo despierta el cuerpo. Para el sujeto hablante, expresar un significado es llegar a ser plenamente consciente de él.

Esta forma fenomenológica de comprender al yo permite un diálogo con la neurociencia, ya que provee de un paradigma adecuado para su estudio. Este

enfoque se ha pasado a llamar Neurofenomenología, lo que implica un gran avance en el diálogo entre ambas.

Este yo que hasta ahora se ha descrito de manera aislada, comparte en la cotidianeidad con otros yoes. Esta interacción entre subjetividades conlleva al problema del otro o también llamado el problema de la intersubjetividad.

Intersubjetividad y el Problema del otro

A esta altura del análisis, se hace apropiado reflexionar acerca de cómo interactúa el yo con otros yoes y en esta interacción cómo es posible entender otros yoes distintos al propio.

Husserl plantea que el problema de la intersubjetividad se debe a que el ego trascendental constituye tanto al mundo como a la alteridad, y lo hace como un estado de su propia vida de conciencia que es extraña a la del otro. Para este filósofo, los objetos son para el yo algo distinto a lo que son los demás individuos, estos:

Son co-sujetos que también constituyen el mundo (...) la intersubjetividad no es un simple agregado de individualidades, sino un nuevo sujeto que las recoge y supera, una intersección de intencionalidades que hace del mundo algo constituido como único, objetivo y comprensible a través de la infinidad de experiencias constitutivas concordantes. (sf. citado en López, 1994 pp.36,37)

La filosofía trascendental clásica de Kant, predominante en los tiempos en que surge la filosofía de Husserl, sostenía la existencia de un solo sujeto trascendental. En este enfoque se admite que las proposiciones sobre cualquier fenómeno son válidas únicamente para el sujeto que las formula, cayendo en un subjetivismo gnoseológico⁵ y por ende en el solipsismo⁶. En contraste, Husserl postula una pluralidad de egos trascendentales intervenculados (Gros, 2018).

⁵ Derivado de la gnoseología también llamada teoría del conocimiento, que es la rama de la filosofía que estudia la naturaleza, el origen y los límites del conocimiento

⁶ Teoría idealista subjetiva según la cual, no habría en el mundo nada más que el hombre y su conciencia. El resto del universo, inclusive el género humano, no existiría, no sería más que un producto de la conciencia, de la imaginación humana.

Para Husserl, el sujeto individual solo puede desarrollar sus capacidades constitutivo-trascendentales en cuanto que "socius" de una comunidad trascendental (Zahavi, 2002).

La única forma de constituir un mundo que sea efectivamente objetivo es que al experimentar lo mismo que los otros trascendentales, todos lo perciban de manera igual o similar a como él lo hace. De acuerdo a Zahavi (2002) el principal objetivo de la intersubjetividad es demostrar el papel central que juega el vínculo con el alter ego en la constitución de un mundo verdaderamente objetivo.

Se podría decir que lo que ofrece la noción de Intersubjetividad, es la posibilidad de fundamentar ontológicamente la existencia del "otro" como sujeto por derecho propio (Sassenfeld, 2010), permitiendo reformular la naturaleza de la existencia humana hacia una perspectiva inherentemente relacional, tal como lo plantea Merleau Ponty: "estamos fundamental e inextricablemente entrelazados con otros y nuestro ser es, en primer lugar, un ser en relación" (sf. citado en Duarte, 2012, p.49). Así la conciencia del sujeto no está aislada, no es singular, si no que siempre está en conexiones intersubjetivas (Guamanga, 2006).

En esta misma línea Heidegger (1927 citado en Ferrater Mora, 1990) afirma, que:

No se puede plantear la cuestión del otro partiendo del sí mismo, para luego pasar al otro, sino que el análisis del sí mismo incluye el análisis del otro en un sentido parecido a como el análisis del sí mismo incluye su estar-en-el-mundo. (p. 352)

Como tan poéticamente plantea Gabriel Marcel "una fuerza poderosa y secreta me asegura que, si los otros no existieran, yo tampoco existiría". (1935 citado en Ferrater Mora, 1990, p. 352)

Ahora bien, esta intersubjetividad no ocurre necesariamente a nivel de representaciones o símbolos, sino que es más bien corporizada, la cual ocurre de manera prerreflexiva, es decir a nivel de yoes mínimos. Esta Intersubjetividad Corporizada, por tanto, no requiere de la conciencia para su existencia, sino que es inmanente al ser humano, ya que ni siquiera sería viable su existencia (nacer,

crecer, desarrollarse) si no es dentro de una comunidad de otros yoes. En palabras de Merleau-Ponty (1945):

Es precisamente mi cuerpo el que percibe el cuerpo del otro y descubre en ese cuerpo una milagrosa extensión de mis propias intenciones, una manera familiar de tratar con el mundo. Desde aquí en adelante, así como las partes de mi cuerpo juntas conforman un sistema, mi cuerpo y el del otro son una totalidad, dos caras de uno y el mismo fenómeno. (p. 412)

Para la fenomenología, es posible tomar conciencia de la alteridad, es decir, de la relación con el otro, si el sujeto comprende el mundo del otro y si logra ponerse en su situación.

El medio por el que los seres humanos entran en este intercambio recíproco es la empatía (*Einfühlung*), es decir, el tener la experiencia de la subjetividad ajena y lograr ver a otros como semejantes, pero no idénticos al yo (López, 1994). Esta experiencia empática permite al yo comprender que hay una extensa esfera de conciencias a las que no se puede acceder directamente. Si bien el cuerpo del otro es análogo al propio, su conciencia no resulta accesible. Por tanto, la conciencia del otro resulta extraña o ajena, debido a la imposibilidad de acceder a ella en su originalidad (Gros, 2018).

Sobre esto Husserl (1950) señala que “si lo esencialmente propio (*Eigenwesentliche*) del otro fuera accesible en forma directa, entonces sería un mero momento de mi propio ser, y finalmente él mismo y yo mismo seríamos uno” (p.149). “La subjetividad ajena es dada, pues, en la esfera de la vida propia auto-vivida, experimentándose entonces lo ajeno como ajeno” (Ferrater Mora, 1990, p.985).

En párrafos anteriores se dejó planteada la idea de una Intersubjetividad Corporizada y de igual forma que ésta se comprende como un proceso encarnado en el cuerpo, la empatía, debería comprenderse de la misma forma. La empatía incluye el dominio de la acción y se extiende hasta integrar las diferentes modalidades de sentir a los otros y no debería ser entendida como un proceso totalmente cognitivo. Esto hace alusión a una intersubjetividad

prerreflexiva, en el sentido de poder influir y ser influido por los diversos yoes de forma tácita, de manera intencionada o no, incorporando en la experiencia momento a momento el fluir de una vivencia encarnada y compartida.

Siguiendo lo propuesto por Zahavi (2015) para los fenomenólogos, la empatía es la etiqueta de la comprensión básica y perceptiva de otros. Denota la capacidad humana general de acceder a la vida mental de los demás en sus expresiones, comportamiento y acciones significativas, y es en lo que se basan las formas más complejas de cognición social.

La empatía sería la experiencia de la mente encarnada del otro, una experiencia que, en lugar de eliminar la diferencia entre la experiencia personal y la experiencia ajena, más bien permitiría la asimetría inter-experiencial (Zahavi, 2015). En esta misma línea, Stein (1989) propone que “cuando comprendo empáticamente al otro, el otro no me es dado como un puro núcleo de experiencia, sino como un centro de intencionalidad, es decir, como una perspectiva diferente sobre el mismo mundo en el que también habito” (pp.61, 62). Además, agrega que, en lugar de enfrentar al otro como un objeto aislado, su intencionalidad llevará y acompañará al yo a los objetos mundanos del otro.

Como Merleau-Ponty (2012) señala:

[mi] mirada cae sobre un cuerpo vivo que realiza una acción y los objetos que lo rodean reciben inmediatamente una nueva capa de significado: ya no son simplemente lo que podría hacer con ellos, también son lo que este comportamiento está por hacer con ellos. (p. 369 corchete en el original)

Para el autor, tanto el cuerpo como la percepción son los medios por los que se logra la intersubjetividad corporizada, en la medida que permiten tener acceso a las significaciones individuales de los demás (Belvadere, 2002; Sassenfeld, 2010).

De acuerdo con Husserl, el cuerpo propio y el de los otros, son los instrumentos primarios que posibilitan el compartir experiencias, de esta forma lo que permite comprender la conducta de los otros, es experimentar el cuerpo del otro como

algo vivo (*Leib*), similar a nuestra propia experiencia puesta en acción y no simplemente como un objeto material, por tanto, no puede haber percepción sin conciencia de un cuerpo activo (Gallese, 2011).

Un elemento que se debe destacar en este punto es que la alteridad o la comunidad de otros, se presenta corporalmente ante el sujeto, es decir se puede observar, escuchar, oler, etc. Sin embargo, no es posible percibir sus vivencias subjetivas, de la misma forma que él las vive, ya que estas permanecen siempre inaccesibles para el yo que observa. Solo es posible ver sus gestos y movimientos corporales, los que actúan como indicadores representativos de sus vivencias. Esta imposibilidad de percibir directamente la vivencia del otro establece una brecha infranqueable entre el sujeto y los demás (Gros, 2018).

Para que exista intersubjetividad corporizada, la emergencia contingente de otro sujeto en el campo perceptivo es un requisito. Sin embargo, en la construcción de la subjetividad del sujeto no se hace necesaria, ya que previamente ha quedado una huella intersubjetiva. Lo anterior supone que gran parte de la vida intencional del yo, ya está permeada por su alteridad desde los inicios de su existencia (Cabrera, 2013). Esto implicaría que la subjetividad no es autosuficiente, sino que involucra indefectiblemente a otros sujetos, incluso se podría decir que la intersubjetividad posibilita cualquier concepción de subjetividad. Por esta razón, es posible plantear que la dimensión intersubjetiva esta situada a priori en la estructura de la subjetividad misma (López, 1994).

Schütz (1962) destaca este aspecto intersubjetivo previo en la formación de la subjetividad del sujeto y le otorga una gran relevancia al vínculo que pueda tener con los otros significativos en la formación primaria de su subjetividad individual. Este autor reconoce el papel fundamental de la socialización primaria en el desarrollo de rasgos fundamentales de la subjetividad madura, tales como las competencias reflexivas, cognitivas y comunicacionales. En esta línea Schütz (2003) plantea que:

En la medida en que los seres humanos nacen de madres, la intersubjetividad y la relación-nosotros, funda todas las otras categorías antropológicas. La posibilidad de la reflexión sobre el sí-mismo, el

descubrimiento del yo, la capacidad de ejecutar cualquier *epoché*⁷, pero también la posibilidad de establecer un mundo circundante comunicativo está fundada en la proto-experiencia de la relación-nosotros. (p.254)

De esta manera la filosofía fenomenológica es enfática en ofrecer una mirada donde los seres humanos son seres siempre intersubjetivos, en donde su capacidad de desarrollar un sí mismo es dependiente de la interacción con su alteridad, por tanto, el ser humano es siempre un ser con otros.

⁷ Para fenomenología, la epoché, consiste en poner entre parentesis la realidad y cualquier doctrina sobre ésta.

V. INTERSUBJETIVIDAD EN EL CONSTRUCTIVISMO

Momento Constructivista – Sujeto Intersubjetivo

Revisar la evolución del concepto de sujeto, toma relevancia en el análisis de la noción de intersubjetividad, debido a que el rol del entorno social en el que se desarrolla un individuo, la historia del sujeto y sus vínculos, no fueron considerados en la comprensión del ser humano sino hasta hace unos pocos años, cuando la revolución cognitiva da paso a una nueva epistemología.

Tanto en los tiempos del conductismo como luego en el predominio del cognitivismo, se comprendía al sujeto y su padecimiento, en términos de sus procesos conductuales y/o cognitivos en su eje sincrónico, es decir, en el momento presente. En este contexto se evaluaba al sujeto respecto su capacidad de ajuste a la realidad, respecto a si sus hábitos, conductas o pensamientos.

La búsqueda de una rigurosa adherencia a una epistemología positivista⁸, pone al ser humano en una posición de ente que debe adecuarse a una realidad externa y que sólo puede ser estudiado a partir de elementos observables, ya sea de su conducta o posteriormente de sus procesos cognitivos (Yáñez et al, 2001).

El sujeto conductista es básicamente un sujeto reactivo y operante. Es reactivo ya que toda experiencia se entiende como determinada casi en su totalidad por factores externos ambientales, donde el individuo responde mecánicamente en consecuencia a los estímulos de su entorno. Es operante, porque actúa u opera sobre el medio y al hacerlo lo modifica (Zúñiga, 2012).

La finalidad de concebir al hombre dentro de estas características es poder acercar la psicología a una postura empirista, epistemología en la que se sustenta el conductismo y posteriormente el cognitivismo clásico. Para que la psicología pudiera alcanzar un conocimiento puro, debía regirse por las leyes científicas del empirismo. Cabe destacar que esta epistemología promulga la

⁸ Plantea que las actividades filosóficas y científicas deben efectuarse en el marco del análisis de los hechos reales verificados por la experiencia. La única clase de conocimientos que resulta válida es el de carácter científico, el cual surge de respaldar las teorías tras la aplicación del método científico.

existencia de una realidad externa y objetiva, dejando fuera cualquier elemento subjetivo al abordar el estudio del ser humano.

Entre los estudiosos de la mente de ese tiempo, se hacía cada vez más evidente la necesidad de un cambio epistemológico y paradigmático en la comprensión del ser humano. Si bien el conductismo logra resultados efectivos en la práctica psicológica, fracasa al nivel de explicación de su praxis (Mahoney, 1991). Las tradicionales formas de abordar el fenómeno humano hasta ese momento se hicieron insuficientes. A partir de esta realidad inminente, cada vez más teóricos comienzan a integrar los procesos internos mediacionales en la comprensión del sujeto, lo que va preparando el camino para incorporar a la subjetividad en el estudio y comprensión del comportamiento humano (Yáñez, 2005).

Un avance, aunque no suficiente, surge en el “momento cognitivo” de la mano con el paradigma racionalista y la teoría de la información, donde la noción de realidad aparece como un conjunto de axiomas racionales con un orden lógico que coinciden con la verdad. Se mantiene una epistemología empirista, con una noción de realidad externa, única y objetiva, sin embargo, se da entrada a un enfoque interpretativo del conocimiento. La mente es equiparada a un ordenador o programa, con entradas y salidas de información. El foco de atención de los psicólogos está en el funcionamiento aún mecánico del sistema, fuera de las complejidades que implicaría adentrarse en la “caja negra” (Yáñez et al., 2001). Así es como se va consolidando el camino de acercamiento al “momento constructivista”, y gracias a un proceso evolutivo del pensamiento y a una mayor comprensión de la subjetividad humana, se va dejando de lado la idea de individuo como un repositorio pasivo de experiencias sensoriales o procesamientos mecánicos de información. De hecho, el constructivismo recibe su nombre por el énfasis que da a los actos de construcción, entendiendo al sujeto inmerso en una dinámica de continua reorganización (Mahoney, 2005).

El constructivismo afirma que todo fenómeno cognitivo implica procesos activos y proactivos por parte del individuo, es decir, el organismo es un activo participante en sus propias experiencias y en su aprendizaje. En otras palabras, entiende al ser humano como un co-constructor de las realidades personales desde y hacia las cuales responde (Mahoney, 2005).

Esta dinámica “sujeto/ambiente”, se plantea como un proceso interdependiente, donde ambos sólo pueden ser entendidos y conocidos desde su coexistencia (Vergara, 2011), a diferencia de la unidireccionalidad prevalente en el conductismo y el cognitivismo.

Un cambio radical que surge con esta epistemología, es la nueva forma de entender la realidad y el conocimiento. Para el constructivismo la realidad no existe de manera objetiva y externa al sujeto, sino que es una construcción que éste hace en el proceso de interactuar con el medio, es decir, es una realidad encarnada en el sujeto a la cual sólo se puede acceder a través de la experiencia en el mundo (Yáñez, 2005). Como señala Bruner (2002) “la ‘realidad’ es el resultado de prolongados e intrincados procesos de construcción y negociación profundamente implantados en la cultura” (p. 39).

Si bien en el constructivismo se acepta la existencia de una realidad externa al sujeto, el acceso a ésta siempre va a estar mediado por los aspectos innatos y constitutivos del ser, por esto se hace imposible para él acceder a la realidad de manera directa.

En la realidad sólo es posible encontrar perturbaciones sin contenido informativo ni significado, por lo tanto, la forma como se ordena la experiencia de conocimiento siempre dependerá de la propia estructura del sujeto (Balbi, 2004). Esto implica, de acuerdo con Guidano (1994), que la información captada por las capacidades senso-perceptivas, es mediada por un sistema genético y evolutivo que crea una realidad particular y significativa para el sujeto. En palabras de este autor “sólo podemos percibir la realidad en que vivimos desde dentro de nuestro orden perceptivo, la experiencia humana nace de la experiencia de vivir” (p.17). De esta manera nace una concepción de realidad significativa, una realidad que se encuentra sólo en el registro que realiza el sujeto respecto de su propia experiencia (Yáñez, 2005).

Consecuentemente con esta visión de realidad, el conocimiento se entiende, siguiendo a Maturana (1990), como un proceso de autoorganización de la propia experiencia inmediata, el cual es resultado de procesos cognitivos activos que realiza el sujeto sobre la realidad. Esta forma de ver el conocimiento sin duda “cuestiona el criterio empirista-racionalista según el cual habría una relación de

correspondencia entre el conocimiento humano y un supuesto orden unívoco de la realidad” (Balbi, 2004, p. 295).

El individuo, como organismo autoorganizado y estructuralmente determinado, no accede al conocimiento que se encuentra fuera de él, en una realidad única y objetiva, por el contrario, construye de manera activa el conocimiento. El sujeto entonces es activo en el proceso de conocer y el observador no es independiente de aquel objeto que observa (Yáñez, 2005).

El conocimiento para el ser humano es significado y siempre es autorreferencial, es decir, el conocimiento que construye un sujeto provee más información sobre su orden sensorial y sus características inherentes, que del propio objeto del conocimiento (León & Tamayo, 2011).

Dentro de los procesos cognitivos generadores de conocimiento, cobra especial relevancia el rol de la mente humana, la cual se concibe como un sistema activo, que construye significados y ordena la experiencia (Balbi, 2004). La función del conocimiento implica la “construcción de significados a partir de diversos tipos de información, que incluye la información sensorial, afectiva, perceptiva, memorística y conceptual. La síntesis organizada resultante de todo este procesamiento es la experiencia consciente de la persona de estar en el mundo” (Greenberg et al. ,1993, p.33). De esta manera el sujeto constructivista construye la realidad de manera subjetiva y en este proceso se ven involucradas la madurez biológica y las experiencias del individuo en términos de registros históricos, concibiendo al ser humano como un ser tanto biológico como social (Piaget, 1969).

Gracias a este avance epistemológico hacia el constructivismo, se hace posible una comprensión más compleja y profunda respecto del ser humano, abriendo espacios de integración a nuevos dominios de entendimiento, entre los cuales se encuentran las relaciones interpersonales, la subjetividad, la historia de vínculos afectivos y la intersubjetividad. En términos Constructivistas, esta forma de abordar al ser humano implica una mirada diacrónica⁹ en la comprensión del sujeto, donde su evolución ontogenética es un factor inseparable de su forma de ser en el mundo y su padecer (Yáñez, 2005). De esta manera ya no se entiende

⁹ Análisis ontogénico del paciente, o sea, en el transcurso del tiempo.

al sujeto como un ser sin historia, independiente y desvinculado del contexto interpersonal en el que se ha desarrollado.

Fue para adherirse al método científico que se aisló al sujeto de su historia y sus vínculos, y es la misma ciencia la que ahora demuestra que el ser humano no puede ser comprendido en su totalidad, si no se entiende como un ser con historia, en un contexto y siendo resultado de una dinámica vincular. Este aspecto se profundizará en el apartado “Intersubjetividad en el Laboratorio”.

A partir de esta progresiva apertura a nuevos dominios modeladores de la psiquis que implicó este cambio epistemológico, se hace más pertinente entender al ser humano como “sistema complejo adaptativo en equilibrio inestable” que se encuentra íntimamente ligado a su ambiente (Yañez, 2005, p.17). Hablar de sujeto como sistema implica ir dejando atrás el método cartesiano utilizado en la psicología positivista, en el cual se busca descomponer el todo en sus partes para analizar las propiedades del objeto. El ser humano ya no puede ser estudiado desde sus partes, si se entiende que su mayor cualidad como sistema es que sus propiedades esenciales emergen, no en sus partes aisladas o en la suma de ellas, sino que surgen únicamente en la interacción e interdependencia de sus componentes, que se relacionan en un contexto determinado.

Con las propuestas de Vittorio Guidano, se incorpora al constructivismo la concepción de sujeto como sistema cerrado y del conocimiento como autoorganización de la propia experiencia inmediata (Balbi, 2004). Ésta implica, el ordenar de manera autorreferencial las continuas perturbaciones (internas y externas) a las que se ve sometido el sujeto, las que conllevan a un desequilibrio constante.

De acuerdo con Guidano (1994), el conocimiento es un proceso autoorganizador, en la medida que es un modo de “producir un mundo” mientras “se está en él” (p.33). Este concepto acuñado por Guidano fue propuesto inicialmente por Maturana y Varela (1998), y se entiende como una forma de preservar la identidad del sujeto como sistema. Desde esta concepción de sujeto, la identidad es resultado de las fluctuaciones del equilibrio/desequilibrio, como también de estar inmerso en un mundo intersubjetivo, el que actúa como referente para el despliegue de las estrategias adaptativas del sistema (Yañez,

2005). Es justamente esta naturaleza relacional y autoorganizada, lo que le da la cualidad de complejo a este sistema (Vivanco, 2010).

Se entiende que la interrelación entre el sujeto y su ambiente es un aspecto esencial para comprender cómo éste construye su realidad y cómo forma el conocimiento, de igual manera para explicar el proceso, a través del cual se funda la identidad personal.

En esta línea Guidano (1994) plantea que la forma en que el sujeto organiza su experiencia de estar en el mundo, tiene su origen en las dinámicas de interacción de su primera infancia con sus otros significativos. Estas dinámicas primigenias dan cuenta de sus patrones de funcionamiento personal (Yáñez, 2005). Pese a que los patrones de funcionamiento personal tienen un origen tan antiguo en la historia del sujeto, éstos no son rígidos y ni estáticos, sino que, por el contrario, están en constante actualización a partir de las nuevas relaciones que se establecen a lo largo de la vida. Es así como la realidad se encuentra en un constante devenir, ya que se va reconstruyendo y resignificando en la medida que la organización personal y las estructuras del sujeto, van siendo modificadas en base a las relaciones interpersonales que el individuo establece a lo largo de su vida (Safran & Segal, 1994).

Estar en el mundo implica entonces, estar en el mundo con otros y estos otros son parte del ambiente en que el sujeto va estructurando su propia identidad. Esta identidad constructivista se puede entender como “un proceso de construcción permanente, (que) implica un interjuego entre el mundo social y el mundo interno del sujeto” (Vergara, 2011, p.7).

De esta forma el constructivismo plantea que el ser humano es un ser eminentemente intersubjetivo, en donde su experiencia pasada, presente y futura se ve moldeada por la interacción con estos otros significativos, como también por el ordenamiento resultante de esta experiencia momento a momento (Duarte, 2012). Tal como refiere Yáñez (2005), la intersubjetividad es entendida como un “proceso interpersonal de coordinación y sincronización de acciones, en que el conocimiento del mundo y el sentido de sí mismo es el resultado de vivir en una relación inextricable con los demás” (p.46). Un sentido de sí mismo

que de acuerdo con Guidano (1987), se consigue básicamente a partir de la experiencia que el yo tiene respecto de los otros.

Finalmente, para que el individuo logre su autorreconocimiento, necesita desarrollar un orden autorreferencial. Este se logra a partir de aprendizajes intersubjetivos, en un inicio a partir de la identificación con sus figuras vinculares y luego acompañado del lenguaje (Guidano, 1987).

Como plantea Yáñez (2005) “el lenguaje aparece como la herramienta que permite la consensualidad necesaria para esta intersubjetividad, entendida además como el mundo de aparentes consensualidades de los mundos particulares que representa cada sujeto en interacción con los demás” (p.46).

En el siguiente apartado se aborda la dinámica fundacional de la intersubjetividad, en la cual se desarrolla con mayor profundidad el rol del lenguaje en el devenir ontogenético del sujeto.

Dinámica Fundacional de la Intersubjetividad

Según lo expuesto previamente, la dinámica social en la que está inmerso el sujeto en el curso de su vida va modelando la forma en que construye su propia realidad y la forma como experimenta las relaciones interpersonales. Posteriormente este modelo personal, que se fue construyendo a partir de los vínculos, va delineando y limitando las posibles relaciones futuras, inmersas en esta realidad construida por el mismo sujeto. Es así como el sujeto es parte de un proceso de mantención y reconstrucción permanente, tanto del mundo en el que participa, como de sí mismo. Es una especie de circularidad, como Merleau-Ponty (1996) escribía: “El punto esencial es comprender plenamente el proyecto del mundo en que estamos. Lo que hemos dicho del mundo como inseparable de los puntos de vista sobre el mundo nos ayudará aquí a entender la subjetividad como inherente al mundo” (pp.463 – 464).

De acuerdo a Yáñez (2005) “en cada sujeto habita una proposición de lo que es real, y el esfuerzo vital o existencial del sujeto consiste en poner en interacción su propia construcción de la realidad con la de los demás” (p.42). De esta manera este autor comprende este proceso como una “dinámica fundacional de la subjetividad”, una dinámica constructiva que es eminentemente interpersonal, ya

que solo puede observarse en las relaciones que el sujeto establece con la alteridad.

En esta misma línea para Arciero (2009), la viabilidad del surgimiento de una subjetividad, parte de la posibilidad de entrar al mundo en una apertura del ser otro, compartir un todo significativo en un reconocimiento del otro.

En este contexto la subjetividad será entendida “como el conjunto de condiciones ontogénicas propias que hacen posible el conocimiento (...) es acción y efecto de conocer a partir del punto de vista de sí mismo” (Yáñez, 2005, p.33), un conocer que es un proceso activo por parte del sujeto sobre la realidad que aprehende. De esta forma, el conocer y la construcción de la subjetividad, tendrían entonces dos componentes constitutivos: una autorreferencialidad, entendida como una cierta conciencia de sí mismo y una heterorreferencialidad que puede comprenderse como la conciencia de los demás para sí mismo. Yáñez (2005) es enfático al señalar que la subjetividad “depende dramáticamente del establecimiento de vínculos con los demás para poder ordenarse a sí mismo” (p.43).

El rol constitutivo del otro en la configuración del sí mismo, ya se planteaba en la psicología cognitiva a inicios del siglo pasado, por ejemplo, George H. Mead y Lev Vygotski coincidieron en considerar el acto social como precondition de la conciencia individual y los procesos mentales como el resultado de relaciones sociales internalizadas. Este último, incluso llega a plantear que todas las funciones psicológicas superiores son relaciones sociales internalizadas y que la interacción es el factor determinante del psiquismo propiamente humano, considerando que la conciencia y todas las funciones psicológicas superiores, son una construcción que resulta de nuestra vida social (sf. citado en Balbi, 2004). También Bruner (2002) años más tarde señala “...es la cultura y no la biología, la que moldea la vida y la mente humana, la que confiere significado a la acción situando sus estados intencionales subyacentes en un sistema interpretativo” (p.48).

El supuesto a la base de esta línea de pensamiento es que los seres humanos son criaturas eminentemente interpersonales, entendiendo que la construcción constante de vínculos serán la fuente de construcción del propio sujeto. Incluso

Guidano (1987), destaca la necesidad de considerar las características intersubjetivas del conocimiento para alcanzar una profunda comprensión de la noción de identidad personal.

De acuerdo con Yáñez (2005), las personas habitan en una realidad interiorizada, un mundo subjetivo construido en su particular deriva ontogénica que le ha tocado experimentar, es así como “el individuo está inmerso en una soledad epistémica, donde el mandato vital es establecer nexos con los otros para en principio sobrevivir, y luego, crecer y desarrollarse” (p.46). Esta soledad epistémica, provoca en el individuo una angustia existencial que solo puede ser calmada a través de dos fuentes: la certidumbre de ser quien se es, obtenida de la mismidad y los procesos de mantenimiento y la certidumbre que se obtiene de la confirmación que ofrecen los demás mediante los procesos de apego y de reconocimiento.

En otros términos, con la dinámica de la intersubjetividad, el sujeto desarrolla la conciencia de ser único y diferente a los otros, y a la vez en el encuentro con los otros surge la noción de incompletitud y comprende que aquello que le falta está en poder de los otros, lo que lo moviliza a establecer vínculos que lo completen (Yáñez, 2005).

El Vínculo Afectivo en la Construcción del Sujeto Intersubjetivo

El menor al nacer se encuentra inserto en un contexto interpersonal significativo, compuesto por los vínculos relacionados con las conductas de apego que se van desarrollando en la dinámica interpersonal familiar. Este vínculo de “apego puede considerarse como un proceso autorreferencial necesario para la construcción gradual de un sentido de uno mismo, unitario y continuo en el tiempo” (Balbi, 2004 p. 334), como también del desarrollo de una noción de realidad (Guidano, 1987).

Es gracias a este contexto interpersonal, que se logra el desarrollo humano, ya que permite el intercambio entre el menor y los otros, desde las primeras horas de vida, momento desde el cual el bebé logra ordenar y reordenar su flujo experiencial, al ver en las caras de sus cuidadores sus distintas tonalidades emotivas (Balbi, 2004). La percepción de estas tonalidades emotivas va a

delinear, las tonalidades emotivas básicas del niño, al menos en sus primeros años de vida. Este proceso entonces permite una organización del dominio emocional individual, que es el elemento básico por el cual se constituye en el proceso de desarrollo del infante, un sentido unitario y continuo del sí mismo.

De acuerdo a Guidano y Liotti (2006) “las experiencias tempranas funcionan como imágenes de criterio que esencialmente regulan, pero no determinan totalmente los procesos subsiguientes de hacer y calzar mediante los cuales el individuo construye el conocimiento sobre sí mismo y el mundo” (p.44). Es decir, la interacción oponente estable entre individuos es indispensable para la adquisición de patrones elementales de auto-reconocimiento (Guidano, 1987). Esta idea queda muy bien explicada en los planteamientos de Popper (1977 citado en Guidano, 1987): “así como aprendemos a vernos en un espejo, así también el niño se vuelve consciente de sí, viendo su reflejo en el espejo de las conciencias de otras personas”. Los humanos afrontan desde el nacimiento, como explica Heidegger (1999), una diferenciación ontológica primaria, que permite un sentido constante de autorreconocimiento que surge de una demarcación estable entre la autopercepción y la percepción del mundo.

El niño inicialmente se siente uno con el cuidador, en el que se ve reflejado, como un espejo de su propio mundo emocional. La empatía le permite sentir lo que el otro siente, pero al mismo tiempo en ese proceso, el niño discrimina la propia experiencia emocional, percibida subjetivamente. Así, según Balbi (2004), “el niño construye internamente modelos operantes de la figura significativa y de sí mismo en relación a ésta” (p. 339), permitiendo al sujeto en sus etapas iniciales de vida, organizarse a través de un sistema que favorece la transformación de la experiencia intersubjetiva en conocimiento personal.

Toda la dinámica interpersonal de los primeros años de vida y el sentido inmediato que el niño tiene de sí mismo momento a momento deviene de la coordinación de las diversas actividades sensoriales, motoras y emotivas; sumado a una permanente influencia, mantención y desarrollo de la percepción que tiene de los otros significativos (Balbi, 2004). De la misma manera Arciero y Bondolfi (2011), plantean que entre el niño y sus figuras de apego se genera un espacio de sincronización de lo que llaman ciclos de intimidad. Cuando este

vínculo resulta en una resonancia compartida, el cuidador pasa a representar para el niño la oportunidad de acceder a sí mismo y a un significado compartido. En otras palabras, en las primeras etapas del individuo, su forma de significarse a sí mismo y a su mundo es eminentemente afectivo, sin embargo, en la medida que se van desarrollando sus capacidades cognitivas, podrá comunicarse no solo en el acto inmediato de la respuesta emocional, sino que también en la representación de un código intersubjetivo atemporal, por medio del lenguaje. Es gracias a este vínculo afectivo que el niño es capaz de lograr un adecuado desarrollo de las habilidades cognitivas y emocionales que permite tanto el desarrollo del lenguaje como el logro de estructuras cognitivas más complejas. La posibilidad de tener un vínculo emocionalmente cargado es un facilitador del aumento de la complejidad de la mente humana. Sin este contexto interpersonal estable, se hace difícil el logro de un sentido de identidad personal coherente.

El Desarrollo de la Identidad en el Contexto Intersubjetivo

El logro de un sentido de identidad propia o un concepto de sí mismo implica el desarrollo de un proceso afectivo-intersubjetivo complejo para el individuo. De acuerdo con Guidano (1987) una de las características más distintivas del sistema de conocimiento del ser humano es la capacidad que este tiene de construir activamente su propia identidad, logrando progresivamente una diferenciación entre el yo y el no yo.

Los procesos vinculares tempranos con los cuidadores, son considerados un principio organizador fundacional en el desarrollo de la identidad, debido a que es gracias a este vínculo que se logra el sentido de diferenciación, autorreconocimiento y unicidad personal (Balbi, 2004). Inicialmente, el contexto intersubjetivo más adecuado para el desarrollo de un sentido de unicidad y singularidad es el de una figura vincular prioritaria. Esta relación única permite integrar de manera coherente los fragmentos de información que el niño recibe respecto de sí mismo y del mundo. Al parecer y de acuerdo con Guidano (1987) la estabilidad de los vínculos primarios serían una condición necesaria para desarrollar un sentido de unicidad o coherencia personal. En un inicio el sentido de sí mismo está indiferenciado del otro, es decir, el infante es incapaz de

reconocerse a sí mismo como distinto de su figura vincular. Siguiendo a este autor, en las primeras etapas, el menor logra reconocer información relevante sobre sí mismo por medio de las semejanzas que identifica en sus figuras de apego.

Posteriormente, con el surgimiento de las primeras palabras, comienza a reconocerse a sí mismo como un sujeto separado del otro. Para que esto suceda se requiere el desarrollo de la capacidad de transformar las semejanzas percibidas con su figura de apego en atributos estables de sí mismo o self y representarlas con la palabra “yo”. El logro de este reconocimiento del self requiere previamente de la existencia de un sentido de permanencia, es decir, que se encuentre cada vez poseyendo el sentido de ser el mismo (Arciero, 2009). El reconocimiento del sentido de este Self, debe ser precedido por un sentido básico de permanencia que permite ubicar su cuerpo respecto del entorno, gracias a su sistema sensorio motor. Es así como el niño construye un sentido propio estable a través de la relación afectiva con otros significativos, a nivel de la experiencia concreta, la cual logra hacerse parte del dominio de significado de la subjetividad a través de la incorporación del lenguaje (Adasme, 2018).

La interacción recíproca entre el niño y su cuidador tiene una profunda influencia en la estructuración de emociones fundamentales y por tanto en los primeros patrones estables de autopercepción. Por medio de la dinámica de relación de apego con las figuras vinculares significativas, se configuran los esquemas emocionales y se construyen los patrones relacionales que serán la base para las relaciones futuras del niño (Guidano, 1987).

De esta forma es como el constructivismo plantea que la realidad que viven los seres humanos es de carácter intersubjetiva, donde se destaca la naturaleza social de la especie y la capacidad del niño de reconocerse a sí mismo a partir de las interacciones que tienen los otros significativos con él (Guidano & Liotti, 2006).

Pese al valor estructurante de las primeras experiencias de apego, Guidano (1987) propone que no son determinantes en la constitución del sujeto, ya que las posteriores relaciones significativas que el individuo establezca podrán ir generando nuevos patrones vinculares. Esto implica por ejemplo que un apego

seguro temprano si bien es importante, no logra predecir el desarrollo del sujeto, ya que la consistencia del contexto en que se desarrolla el menor a través de la infancia, tiene un impacto mayor en el desarrollo, que un apego seguro inicial. En otras palabras, si bien los vínculos significativos primarios tienen una profunda influencia en la configuración de un concepto de sí mismo y de la realidad, los vínculos significativos que el sujeto va teniendo en el curso de su vida, pueden ir generando nuevos patrones vinculares de relación, que no necesariamente son consecuencia de las experiencias vinculares tempranas (Vergara, 2011).

Guidano (1987) plantea que los vínculos afectivos que se establecen en la juventud y adultez, a parte de promover nuevos patrones vinculares, pueden tanto confirmar, apoyar o expandir aún más la realidad personal, como también jugar un rol crucial en la preservación del propio sentido de identidad. Este autor señala que “desde esta perspectiva, un estilo vincular es visto como un proceso auto-referente dirigido a la preservación de la coherencia sistémica individual a través de la producción continua de experiencias emocionales que están de acuerdo con su significado personal percibido” (Guidano, 1987, p.52).

Tanto en la primera infancia, como en el resto del curso vital, el establecimiento de vínculos significativos tiene un rol constitutivo en la construcción y preservación del sentido de identidad. Cabe recordar lo explicado en párrafos anteriores, respecto a la necesidad de búsqueda de vínculo con un otro para eliminar o al menos calmar la soledad epistémica en la que el individuo está inmenso desde el nacimiento y la consecuente angustia por su incompletitud. Por eso debido a una falta de intimidad emocional en las relaciones del momento, el sujeto siente una angustia a la separación, pero que no tiene un objeto (Guidano, 1987).

Por otro lado, en los procesos donde la relación vincular se ve interrumpida por la pérdida del ser querido, se observa un quiebre en el significado personal, y el duelo solo es superado cuando se logra reestablecer el sentido de sí mismo. Entendiendo entonces que la continuidad y coherencia sistémica de los procesos de significado personal tienen como base la intersubjetividad, se puede plantear, que las emociones más disruptivas que una persona puede experimentar en su

vida son las que surgen en el curso del establecimiento, mantención y quiebre de sus relaciones más íntimas (Guidano, 1987).

Lenguaje, Identidad e Intersubjetividad

Como se ha planteado en párrafos anteriores, en los inicios del desarrollo ontogenético del ser humano, su realidad es predominantemente afectiva, destacando los vínculos como facilitadores críticos del desarrollo de un sentido estable y continuo de sí mismo. Para Guidano, este sí mismo o identidad, “es un sistema cognitivo-afectivo complejo de evaluación y reevaluación de la experiencia como fenómeno aperceptivo holístico, en función de una imagen consciente de sí que asimila mediante el lenguaje esta experiencia de acuerdo a sus límites y características” (1994 citado en León & Tamayo, 2011, p. 43).

En este punto es importante destacar que la experiencia inmediata es prerreflexiva y es mediante un proceso reflexivo y lingüístico que logra organizarse como una historia o narración. Es el lenguaje el que permite la reconfiguración de la experiencia, facilitando la coordinación recíproca a un nivel diferente de la praxis misma del vivir. Guidano (1994) explica este proceso distinguiendo dos niveles de experiencia, un nivel de experiencia inmediata llamada “Yo” y una imagen consciente que procesa dicha experiencia por medio del lenguaje denominada “Mi”. El nivel de la experiencia inmediata “Yo”, le permite al individuo la generación de un sentido de sí mismo como sujeto que experiencia, y el “Mi” le permite dar un ordenamiento a las experiencias inmediatas.

El nivel de la explicación simbólica, permite el ordenamiento del contenido informativo de la experiencia en torno a secuencias temporales, conocidas como estructura narrativa de la experiencia humana (Balbi, 2004). Estas dos formas de percibirse en la continuidad del vivir: la que emerge en el sucederse de la experiencia y la continua recomposición de significados a través del lenguaje, son las que dan pie a la configuración del sí mismo (identidad).

En esta misma línea Arciero (2009) propone que la construcción de la identidad personal es un proceso de interpretación, apropiación y reconfiguración de la experiencia prerreflexiva. Este proceso se puede entender como una relación

dialéctica entre la experiencia inmediata y el lenguaje, o en palabras de Maturana (1990) entre la praxis del vivir y la explicación.

Esta distinción entre el suceder cotidiano experiencial y el lenguaje como argumento explicativo de su acontecer, permite comprender que la realidad está constituida por proposiciones explicativas, por ende pueden existir tantas realidades como dominios explicativos posibles.

La puesta en común de los diversos dominios explicativos en la interacción social, favorece la creación de formas conjuntas de significación de los sucesos, es decir, el sujeto es un constructor de significados y de realidades de manera intersubjetiva a través del lenguaje (Bruner, 2002). Como propone Yañez (2005) “la existencia de lo universal, no es más que la expresión de la interacción de los mundos particulares de los sujetos en una red de consensualidades simbólicas, sustentada preferentemente en el lenguaje”(p.13). Lo interesante de esta dinámica es que la cultura y el lenguaje son construidos por los individuos, pero a su vez sin la cultura o el lenguaje, el sujeto no sería posible (Zuñiga, 2012). Cabe destacar que el constructivismo comprende esta relación dinámica entre cultura, lenguaje e identidad, sin llegar a una postura extrema de plantear al sí mismo como un subproducto de la estructura lingüística de la comunidad social, promovida por el construccionismo social (Balbi, 2004).

El sujeto constructivista en busca de significado y de auto-comprensión, es un sujeto lingüístico, un sujeto que se conoce a sí mismo por medio del lenguaje que habita.

La mente que opera a través del lenguaje, es la herramienta a partir de la cual el sujeto construye su propia realidad. Y como tanto, el lenguaje como la mente operan a partir de la experiencia, se puede decir que la realidad es posible gracias a ésta experiencia (Yañez, 2005).

Esta relación lenguaje y mente fue ampliamente desarrollada por Bruner, quien sostiene la existencia de un “pensamiento narrativo” que se ocupa de las intenciones y acciones humanas, tanto de las causas y como de las consecuencias del transcurso de experimentar (Balbi, 2004).

Este tipo de pensamiento propuesto por Bruner está en línea con la metáfora narrativa de la mente propuesta por la hermenéutica, que destaca la condición

intersubjetiva del desarrollo de conocimiento humano, como también el carácter interpretativo del mismo. La tesis moderna de la hermenéutica es que la identidad personal es una identidad narrativa (Cruz Villalobos, 2014).

Esta visión de la identidad personal es concordante con la propuesta de Balbi (2004) quien plantea que el sí mismo es un “proceso sistémico de autoconocimiento que consiste justamente en una dialéctica continua entre experimentar-observar y explicar la propia experiencia subjetiva” (p.359). Este autoconocimiento implica por cierto, interpretarse, es decir, considerar la perspectiva propia y la heredada, fundamentalmente de las figuras significativas en los vínculos iniciales, ya que son ellos los encargados de proveer al menor de la organización necesaria para reconocer y significar su experiencia propia (Arciero y Bondolfi, 2011).

El menor aprende de sus padres o cuidadores la habilidad de estructurar la experiencia en una constelación de micro narrativas, las que se agrupan de manera subsecuente en una historia, y en la medida que aprende a narrar su experiencia prerreflexiva, también aprende a interpretarse a sí mismo, en su sentir y actuar, creando un relato que le permite condensar cada vivencia y contextualizarla en un tiempo, construyendo en este proceso su identidad narrativa (Adasme 2018; Arciero, 2009; Duarte, 2012).

Esta capacidad de secuenciar la propia experiencia, diferenciando su narración del contexto en el que se ha desarrollado la historia, permite al individuo apropiarse de la experiencia y registrar detalles de su propia subjetividad, logrando en el acto de narrarse construir su propia identidad (Adasme 2018; Balbi, 2004; Duarte, 2012).

De acuerdo a Guidano (1994) en el proceso evolutivo de la construcción del sí mismo, el individuo comienza a desarrollar una conciencia temática, es decir, la narrativa que construye tiende a verse cargada de temas recurrentes que son dependientes de un dominio emocional que ya ha sido organizado en sus primeras etapas del vida, en fases aún prelingüísticas.

Vale decir, que cada sujeto cuenta con una estructura afectivo-emocional propia que funciona como un sistema autoorganizado que ofrece coherencia interna, el cual se constituye a partir de la recurrencia de cierto tipo de eventos afectivos.

Esta estructura se forma evolutivamente a partir de la historia vincular con los cuidadores antes de la incorporación del lenguaje y en la medida que la habilidad narrativa se desarrolla, la manera de interpretar la experiencia también se modela considerando la relación con sus figuras significativas (Guidano, 1987). Si bien los cuidadores son los primeros modeladores de esta conciencia temática, el individuo es capaz de resignificar sus historias, a través de un proceso de reordenamiento continuo, su identidad narrativa estaría en constante actualización.

Dado lo anteriormente señalado, es posible afirmar que el lenguaje ordena las experiencias prerreflexivas no conscientes y por ende las hace comunicables mediante la construcción de una historia o narrativa factible de ser compartida y elaborada de manera coherente. Así el lenguaje pasa a ser un puente entre el yo que experimenta y el mi que se explica a sí mismo y dialoga con la comunidad.

Por esta razón permite la construcción de una consensualidad acerca de la realidad, expresada en conocimientos e ideologías compartidas por la comunidad de sujetos.

De esta manera el lenguaje y los vínculos sociales significativos se convierten en los componentes más importantes de la subjetividad, la construcción de la identidad y por ende de la intersubjetividad.

La Corporalidad en el Sujeto Constructivista Intersubjetivo

Para Vittorio Guidano (2001) cada mente es una mente personal y no es posible la existencia de una mente abstracta incorpórea. Toda mente personal, ocurre indefectiblemente en un cuerpo. A este enfoque se le ha conocido como “embodied mind” o mente encarnada (por su traducción del inglés).

El tener una mente encarnada significa por un lado que el individuo, su propia mente y su cuerpo, son componentes inseparables de un sistema (complejo). Por otro lado, también se refiere a que todas las categorías de la mente, como el pensamiento o la concepción de la realidad, son derivadas del cuerpo (Guidano, 2001). De esta forma, el proceso del conocer va más allá de una

función cognitiva (referida al pensamiento), la que corresponde a solo una parte de este proceso, la parte más abstracta y racional.

El conocimiento es entonces un proceso mucho más amplio, mayormente emocional, sensorial, perceptual, motor y conductual. Si se piensa al conocimiento como una autoorganización compleja de la propia experiencia, se debería entender que es predominantemente afectiva/emocional, ya que el ser humano existe en una realidad intersubjetiva, donde el conocimiento de sí mismo y del mundo ocurre siempre en una dinámica recíproca con otros (Balbi, 2004). Esta concepción de mente encarnada está en línea con lo propuesto por Varela y colegas (2005) a través del concepto de “enacción”, en el cual plantea que toda acción es perceptualmente guiada y que incluso la conciencia aparece en un vivir encarnado, tanto en el proceso de regulación del cuerpo entero, como en sus interacciones sensoriomotoras con el mundo.

Por otro lado, toda emoción es siempre corporalidad, pudiendo pasar luego al plano reflexivo a través del lenguaje. La emoción tanto se siente en el cuerpo, como se expresa a través de él (Guidano, 2001).

Al respecto Arciero (2005) señala:

Las esferas de la emotividad, preservadas en mi ser hombre por intermedio de una dialéctica de sedimentación/innovación que se articula a lo largo del arco de mi existencia, encuentran su lugar ontológico en mi carne (...). Sentirme en esta o aquella situación siempre está mediatizado por mi ser encarnado. En este sentido, el fenómeno de la corporeidad aparece como el trasfondo perceptivo-motor, emotivamente situado, que genera y preserva las posibilidades de relación y apertura al mundo. (p.69)

De esta manera el cuerpo es la forma en que la subjetividad se comparte en espacios intersubjetivos, es en el cuerpo que existe la posibilidad de una mente y es a través del cuerpo que esta mente encarnada se encuentra con su alteridad.

VI. HACIA UN CEREBRO INTERSUBJETIVO

¿Cómo es que nuestro cerebro posibilita el que seamos seres intersubjetivos? ¿Cuáles son las operaciones neurobiológicas que nuestro cerebro realiza para posibilitar la intersubjetividad? Con el fin de intentar responder estas preguntas se revisarán los avances neurocientíficos sobre cómo las capacidades sociales del cerebro se han desarrollado tanto filogenéticamente en la historia del ser humano, como también ontológicamente a nivel del desarrollo temprano del individuo. Posteriormente se ofrece una revisión de las operaciones cognitivas que mayor relevancia podrían tener a la hora de comprender cómo opera la intersubjetividad a nivel neurobiológico.

Especialización Social del Cerebro

La vida en grupos se remonta aproximadamente a unos 54 millones de años atrás en el árbol familiar humano (Foley, 1997). A partir del momento en que los antepasados de los humanos se separaron de los grandes simios hace seis millones de años, el cerebro humano se cuadruplicó en volumen (Choudhury & Slaby, 2012). Los notables cambios que han tenido lugar en la evolución del cerebro de los homínidos se han debido a la expansión de las capacidades cognitivas generales, particularmente aquellas ejecutadas por los lóbulos frontales y por sobre todo como resultado del desafío que implica vivir en grupos sociales complejos (Cacioppo & Cacioppo, 2013; Dunbar, 2014).

A las capacidades cognitivas que favorecen el comportamiento social, se les conoce como cognición social, y corresponde a aquellos procesos que participan en el procesamiento de la información clave en las interacciones sociales (Adolphs, 1999).

Esta cognición social se caracteriza por la implicación de algunas habilidades cognitivas de alto nivel que son exclusivas de la especie humana y que se usan en muchos otros contextos además de la cognición social, como por ejemplo el lenguaje simbólico, la sintaxis, la planificación futura y la memoria episódica, por nombrar algunas (Cacioppo et al, 2004; Corballis, 2003; Suddendorf, 1998). Mitchell y sus colegas (2005) indican que la región del cerebro que participa

mayormente en la cognición social es la corteza prefrontal medial, aunque la investigación también sugiere que varias otras regiones contribuyen de manera crítica al procesamiento socio-cognitivo, incluyendo la unión temporoparietal, corteza orbitofrontal, amígdala, surco temporal superior y polos temporales.

La vía en que las distintas líneas de estudio han logrado confluir y aunar esfuerzos en el estudio de las capacidades sociales del ser humano, ha sido a través de la hipótesis del cerebro social, el cual se repite a lo largo de la vasta literatura de la neurociencia social cognitiva (Brothers, 1997; Cacioppo & Cacioppo, 2013; Choudhury & Slaby, 2012; Ibáñez, 2018).

Esta visión del cerebro como un órgano social, surge en la neurociencia alrededor de los años setenta (Choudhury & Slaby, 2012), y fueron Humphrey (1976) y Jolly (1966) quienes propusieron de forma independiente, que vivir en un grupo social y predecir el comportamiento de los conespecíficos requiere niveles superiores de procesamiento cognitivo que no se muestran en los no primates (en Easton & Emery, 2005).

Tal como Husserl y Merleau-Ponty (ver capítulo “Bases Filosóficas del concepto de Intersubjetividad”), reconocen al sujeto como “un ser en relación el cual no puede existir en independencia de los otros”, los avances neurocientíficos han permitido comprender que los procesos de los que depende el cerebro para funcionar son intersubjetivos. Por esta razón en la actualidad se plantea que el cerebro es un órgano social en el sentido de que depende completamente de otros cerebros para su desarrollo, es decir, la auto organización del cerebro del menor en crecimiento depende totalmente de la interacción con otros cerebros para lograr capacidades críticas como el lenguaje o la autorregulación emocional (Brothers, 1997). Es social además, en el sentido de que permite e inclina a los humanos a participar en formas complejas de interacción social y es el resultado de una historia de adaptación a la vida social con una duración de cinco millones de años (Choudhury & Slaby, 2012).

Barrett y sus colegas (2007) han propuesto que la aparente complejidad cognitiva en el dominio social alcanzado por el humano surge gracias a la interacción que existe entre el cerebro, el cuerpo y el mundo, enfatizando que la

cognición social es un proceso que ocurre de manera encarnada (en un cuerpo) y situada (en un contexto).

Como es posible comprender a partir de los párrafos anteriores, el cerebro a evolucionado dotando al ser humano de capacidades exclusivas en relación a la vida en comunidad. La adquisición de estas habilidades cognitivas únicas favorece una forma de existir con otros cada vez más intrincada, en donde el vivir con otros en un contexto social permite el desarrollo óptimo de las funciones cerebrales.

Es así como la intersubjetividad, esta vinculación profunda entre seres humanos, es en parte causa y consecuencia del ser como somos, tanto como individuos y como especie.

El Lenguaje en el Cerebro

La mayoría de los investigadores actuales argumentan que el cerebro del homo sapiens evolucionó hacia el lenguaje por razones sociales y para mejorar la conectividad humana (Brothers, 2002).

Si bien los orígenes del lenguaje son aún desconocidos, se sabe que el cerebro ya estaba preparado para éste hace unos 150.000 años (Hobbs, 2006). Sin embargo, no se origina sino hasta hace unos 70.000 a 35.000 años atrás (Franks, 2010). Para ese momento el cerebro del homo sapiens había alcanzado su tamaño actual de 1450 cc, expandiendo completamente los lóbulos frontales haciendo posible el pensamiento simbólico y la inferencia deliberada.

Este desarrollo en el homo sapiens incluye la reorganización evolutiva de la corteza frontal-prefrontal de modo que las cortezas motoras facial y oral y sus centros del habla subcorticales relacionados, quedaron bajo control cognitivo (Franks, 2010).

Según Gazzaniga (1985), en los homo sapiens se vascularizó la parte del cerebro que es crucial para el lenguaje lo suficiente como para permitir el suministro de sangre necesario. De hecho, este proceso se había estado desarrollando en homínidos anteriores, pero no había alcanzado la etapa crítica en la que podría proporcionar una base para el desarrollo del lenguaje.

Un hemisferio izquierdo más grande permitió más espacio para los requisitos de la producción del lenguaje, es decir, el desarrollo del área de Broca en el lóbulo temporal izquierdo, que permite la producción del habla y del área de Wernicke íntimamente involucrada en la comprensión del lenguaje hablado. Es el área de Wernicke, ubicada en la parte posterior del lóbulo temporal, la que permite escuchar o percibir significados en lugar de sonidos o gestos sin sentido por ejemplo en el lenguaje de señas (Franks, 2010).

Es aquí donde se hace necesario diferenciar a las palabras como simples sonidos de las palabras como significados. Hay una tendencia natural a asumir que lo que se escucha son los significados en lugar de las palabras, lo que dificulta el separar los sonidos literales de sus significados culturales. Sin embargo, en algunos pacientes afásicos, esta diferencia se hace muy clara, ya que escuchan los sonidos de las palabras con suficiente precisión, pero no logran comprenderlas o darles algún significado (Brothers, 1997).

Los sonidos/palabras comienzan a cobrar significado cuando el sujeto es expuesto al idioma de su comunidad durante la infancia y la niñez. Antes de la exposición social, el lenguaje existe sólo como una especie de potencial abstracto. Esto implica que los cerebros humanos tienen la capacidad de generar los conceptos, pero éstos toman forma específica a partir de la exposición a una cultura particular, por tanto, el lenguaje se podría plantear sin discusión alguna como un proceso intersubjetivo.

Toma relevancia destacar que el cerebro reacciona a los símbolos gestuales de la misma manera que a los verbales, es decir, las palabras habladas y los gestos comunicativos simbólicos se codifican como una única señal mediante un sistema de comunicación único dentro de la corteza premotora. Gallese (2009) señala que la región de Broca, antes considerada un área exclusiva de producción de habla, contiene neuronas que se activan por la ejecución, observación e imitación de gestos orofaciales y de acciones manuales. El área premotora de Broca formaría parte del llamado sistema de neuronas espejo y participa en la traducción de las representaciones de los gestos comunicativos del brazo en gestos de articulación de la boca.

A partir de esto se propone que, a través de la simulación incorporada, el significado comunicativo de los gestos se fusiona con la articulación de los sonidos necesarios para expresarlo en palabras (Bernardis & Gentilucci, 2006). Con todo esto se propone que la comprensión del lenguaje se basa en la "encarnación", ya que las estructuras cerebrales que participan en la ejecución de la acción también se involucran en los procesos de comprensión de las mismas acciones cuando son relatadas verbalmente. Es decir, tanto cuando una acción se realiza, como cuando el cerebro escucha un relato sobre esa acción, se activan las mismas estructuras neuronales (Gallese & Lakoff, 2005).

Relaciones Tempranas y Cerebro Intersubjetivo

Es ampliamente aceptado que el cerebro es un órgano construido a través de la experiencia y que los seres humanos viven dentro de relaciones que moldean y dan forma a los cerebros sociales que se construyen dentro de las familias, las comunidades y la sociedad (Cozzolino, 2014). Pero ¿cómo la experiencia intersubjetiva impacta en el desarrollo del cerebro del infante?

Lo primero a destacar es que la auto-organización del cerebro en desarrollo se produce necesariamente en el contexto de un vínculo con otro self, es decir, con otro cerebro (Schore, 2002). Desde el momento del nacimiento, el cerebro del bebé se va desarrollando y configurando, con la profunda influencia de la interacción humana que ofrece su contexto afectivo social.

El sistema nervioso humano experimenta un desarrollo sustancial a partir del nacimiento. Los bebés humanos nacen con una sobreabundancia de neuronas, la que permite una adecuada adaptación del cerebro a las demandas ambientales (Gunnar, 2020). En particular los dos primeros años de vida constituyen un período sensible o crítico, ya que el cerebro experimenta un acelerado y estructurado crecimiento, el cual es dependiente de un determinado número de factores tanto biológicos como experienciales, siendo ambos vitales para un adecuado desarrollo del organismo (Schore, 1994).

El menor necesita una adecuada y abundante experiencia externa para que su cerebro humano se desarrolle sanamente, ya que en sus dos primeros años es

altamente dependiente de la experiencia y de la presencia de ciertos estímulos y elementos ambientales (Danese et al, 2020; Gunnar, 2020; Nelson et al, 2020). Esta dependencia de la experiencia característica del desarrollo cerebral temprano implica que el ambiente experimentado por el individuo actúa como un gatillador de selección neuronal, en otras palabras, a partir de las experiencias vividas por el menor, se van seleccionando recurrentemente los grupos neuronales y conexiones que mejor calcen con las necesidades ambientales repetitivas (Edelman, 1989). Esto implica que las conexiones recurrentes se refuerzan, fortalecen y se vuelven permanentes, y aquellas que no se utilizan o que no son activadas van siendo eliminadas. Es por esta razón que el estilo parental llega a ser tan determinante en el desarrollo del sujeto en crecimiento, ya que el menor trae todo el potencial, pero es su experiencia vincular temprana la que finalmente define la arquitectura del cerebro y por tanto define la forma en que este sujeto vivenciará sus siguientes años de vida.

Es posible entender entonces que para que estos procesos tempranos resulten en un desarrollo cerebral normal, se requiere un entorno adecuado, que provea de cierto tipo de experiencias clave para la aparición de capacidades específicas (Balbernie, 2017). Por otro lado, la exposición prolongada a entornos que no proporcionan una experiencia adecuada y la falta de exposición a ciertos estímulos durante períodos sensibles del crecimiento, conlleva a un desarrollo estructural cerebral anormal, que implica por ejemplo la ocurrencia de trastornos o deficiencias (Gunnar, 2020; Nelson, 2020).

Es así como la ausencia de una estimulación suficiente que guíe la adecuada organización del sistema nervioso central provocaría una auto organización anormal de las redes neuronales del menor, que podrían ser la base de deficiencias funcionales específicas, como las que se ven por ejemplo en los niños que han experimentado una privación temprana al crecer en un orfanato (Nelson, 2020).

En este contexto cuando se habla de ambiente, se refiere por sobre todo al referido a las relaciones afectivas continuas y coherentes con un número limitado de cuidadores o figuras significativas, ya que el impacto del ambiente afectivo es mucho mayor que el del ambiente físico (Schoore, 2002).

Dentro de los estímulos ambientales de mayor impacto en el desarrollo cerebral del menor, se consideran acciones tales como mirarse mutuamente, jugar, tocarse, expresiones faciales, coordinarse mutuamente, entre varias otras actividades cargadas de afectividad con el cuidador significativo.

En esta relación diádica, los menores establecen vínculos afectivos con sus cuidadores recurrentes, que son los que establecen las características del ambiente en el que el menor se desarrollará (Ziabreva et al, 2003). Estas interacciones que regulan las emociones, impactan de forma específica las áreas límbicas que mielinizan en el primer año, las que están profundamente interconectadas con el hemisferio cerebral derecho de maduración temprana (Cozzolino, 2002; Henry, 1993; Schore, 1994; Siegel, 1999).

El sistema límbico sufre un acelerado desarrollo durante el primer año de vida, mostrando frecuentes reorganizaciones influidas por estas experiencias socio-afectivas (Lecannelier, 2006). Este sistema tiene un rol primordial en la regulación emocional y en la conducta social, dotando al infante de una mayor regulación de sus activaciones internas y externas y otorgándole mayor autonomía en relación al ambiente. De esta forma, a través de estas interacciones recurrentes de alta implicación afectiva y su consecuente impacto en la organización de estas zonas del cerebro, se estarían estableciendo las bases para el patrón emocional que será la tendencia afectiva predominante en el curso de su vida (Davidson et al, 2010).

La capacidad de regulación emocional de una persona, comienza a gestarse en sus primeras interacciones afectivas con sus cuidadores significativos, y se desarrolla en dependencia de la capacidad de la diada para sintonizarse. Los menores experimentan estados de activación relacionados con el sistema simpático y de desaceleración vinculados con el sistema parasimpático, ambos procesos que el infante vivencia sin capacidad de regulación autónoma (Schore, 2002).

En sus etapas tempranas de desarrollo, el menor depende de las respuestas de su cuidador para lograr regular estas reacciones, y de la sensibilidad que éste posea para responder a sus estados. Esto como ya se ha planteado, marcará la diferencia en el tipo de desarrollo cerebral que el menor logre, pero más

específicamente en la capacidad de autoregular sus estados fisiológicos en la siguiente fase de su ciclo vital (Schore, 2002).

La falta de sincronía o la frecuente descoordinación entre las necesidades del infante y la respuesta de su cuidador, además de la incapacidad del cuidador para reparar estas descoordinaciones, pueden gatillar frecuentes respuestas de estrés asociadas a una hipo o hiperactivación de cortisol con sus consecuentes emociones negativas, las cuales influyen en la maduración del sistema nervioso central, el sistema límbico y el sistema nervioso autónomo (Balbernie, 2021). Una frecuente respuesta de estrés en los menores, provoca en el cerebro procesos de toxicidad, retraso madurativo y/o muerte neuronal (Schore, 2002). Como ya se explicó en párrafos anteriores, las experiencias interpersonales afectivas recurrentes, facilitan la maduración de los sistemas del cerebro derecho dependiente de la experiencia en un periodo crítico. Desde la infancia a lo largo de todos los estadios posteriores del ciclo vital, el hemisferio derecho es dominante para la recepción, expresión y comunicación no consciente de las emociones y para los componentes cognitivos y fisiológicos del procesamiento emocional (Schore, 2003).

Además se relaciona con funciones clave como las respuestas de supervivencia y al estrés e incluso se ha visto un rol preponderante en el desarrollo del concepto de sí mismo (Filley, 2020; Lecannelier, 2006).

Como se puede ver, la calidad de la relación entre el menor y los cuidadores significativos impacta directamente en la capacidad del cerebro para integrarse de manera coherente. Esto ocurre de acuerdo a Shore (2002) a través de tres procesos: una activación de neuronas dopaminérgicas en la formación reticular que estimula conductas exploratorias; la producción de neurotrofinas que nutren el cerebro y promueven la creación de sinapsis, favoreciendo la plasticidad sináptica y el desarrollo de la corteza cerebral; y la activación de sistemas opiáceos o las llamadas endorfinas que promueven la conducta lúdica.

Estos efectos positivos ocurren solamente cuando el cuidador mantiene de manera recurrente una interacción positiva con el menor, lo que se refleja en el logro de una relación con sincronía y ritmicidad afectiva entre cuidador e infante (Lecannelier, 2018).

De esta forma las relaciones vinculares tempranas, es decir, las primeras relaciones intersubjetivas que el individuo establece en su vida, modelan y modulan la maduración de sus estructuras cerebrales y por tanto son determinantes en la configuración de la subjetividad del individuo. Es por esto, que puede plantearse que el cerebro es mejor comprendido si se lo considera como un órgano bio-psico-social, o, mejor dicho, si se entiende que el cerebro del ser humano es un cerebro intersubjetivo.

Intersubjetividad en el Laboratorio

El “problema del otro”, discusión central cuando se aborda el tema de la intersubjetividad, no ha quedado fuera de las interrogantes neurocientíficas.

Es difícil ignorar la capacidad asombrosa que tienen los seres humanos de obtener una visión intuitiva de lo que sucede en sus mentes con tan solo observar a las otras personas. Aunque el sujeto sólo tiene acceso al exterior de la otra persona, es decir, a su rostro, movimientos y el contexto en que se encuentra el observado, es capaz de entender lo que le está sucediendo. ¿Cómo logra nuestro cerebro percibir los estados mentales de los demás a pesar de esta inaccesibilidad?

Una de las más actuales explicaciones propone que un elemento importante para la comprensión de los estados internos de los demás radica en el hecho de que mientras se presencian las acciones, emociones y sensaciones de otros individuos, el cerebro del observador activa espontáneamente representaciones de las propias acciones, emociones y sensaciones, lo que provoca un estado neuroquímico que se asemeja al estado mental de las personas observadas (Iacoboni, 2009; Keysers & Gazzola, 2009).

A la base de estos procesos se encuentran dos sistemas neurales: el llamado "sistema de neuronas espejo" y el sistema de "mentalización", también conocido como "red de teoría de la mente", ambos considerados altamente vinculados con el constructo de empatía (Decety & Jackson 2004; Vogeley, 2017).

Estos dos sistemas, se activan durante la interacción o comunicación con otros seres humanos en encuentros sociales, constituyendo así lo que podría llamarse un sistema o red de intersubjetividad neuronal (Vogeley, 2017).

Decety y Jackson (2004) han propuesto un modelo multidimensional para explicar el proceso de la empatía humana, el cual incluye tres componentes altamente correlacionados con los sistemas neurales mencionados previamente y que, para efectos del presente trabajo, representan de manera más completa el fenómeno de la intersubjetividad.

El primer componente de la empatía es el afectivo, llamado empatía emocional, cercano al conocido contagio emocional. El segundo componente es el relacionado a los elementos más cognitivos de la empatía, los cuales permiten adoptar la perspectiva del otro y la autorregulación, denominado empatía cognitiva. Finalmente, un tercer componente correspondiente a la diferenciación entre la propia conciencia y la conciencia del otro, aspecto clave en el logro de la empatía, y en la comprensión del “problema del otro”.

Ninguno de estos sistemas podría explicar por separado la complejidad de la intersubjetividad humana, sin embargo, en su conjunto permiten un avance en su comprensión desde el paradigma neurocientífico.

A continuación, se revisan en mayor detalle estos tres componentes considerados en el modelo multidimensional de la empatía, buscando a través de este, configurar una propuesta explicativa sobre el funcionamiento del cerebro intersubjetivo.

Empatía Emocional

En términos generales la empatía emocional describe la respuesta afectiva de un observador al estado emocional de otra persona (Ritter, 2011). Este componente afectivo de la empatía incluye un proceso conocido como contagio emocional, es decir, sentir lo que el otro siente. Decety y Svetlova, 2012 identificaron que este contagio emocional ocurre cuando las señales vocales, faciales y/o gestuales de un individuo generan un estado similar en el perceptor. Los investigadores proponen además que una forma rudimentaria de empatía relacionada al contagio emocional es visible en los bebés humanos, que nacen biológicamente predispuestos a resonar afectivamente con los tonos afectivos básicos de los otros, como por ejemplo cuando un bebé llora al percibir el llanto de otro bebé. Sin embargo, una empatía emocional como tal, se observará con

mayor claridad a partir de los 2 años, cuando comienzan a aparecer las primeras señales de autoconciencia y cuando, además es capaz de tomar conciencia de las experiencias emocionales del otro, diferenciando la subjetividad de su conoespecíficos¹⁰ (Decety & Svetlova, 2012).

El desarrollo ontogenético de la empatía es complejo y altamente dependiente de la calidad de las relaciones tempranas del menor con su cuidador, sobretodo en lo relacionado a la emocionalidad de los cuidadores, su capacidad de respuesta a las necesidades emocionales del bebé y su capacidad para favorecer la regulación emocional del menor cuando está estresado (Decety – Svetlova, 2012; Flisbeck et al, 2018). Una resonancia emocional consistente y la capacidad de respuesta adecuada a las necesidades del menor resultan en el desarrollo de habilidades empáticas más sofisticadas (Fonagy et al, 1991).

Dentro de los mecanismos cerebrales involucrados en la empatía, la oxitocina cumple un rol preponderante, ya que tiene la capacidad de modular la actividad cerebral en las redes neuronales implicadas en este proceso, logrando incrementar la empatía hacia los otros (Lancaster et al, 2015).

Desde el punto de vista anatómico, la estructura cerebral mayormente involucrada en el proceso empático emocional es el sistema límbico, con alta participación del hipocampo, la amígdala, la ínsula y la corteza cingulada (Flisbeck et al, 2018). Estas estructuras cerebrales, están esencialmente relacionadas en el procesamiento de emociones complejas en primera persona y en procesos empáticos.

De acuerdo con Morelli y su equipo de investigadores (2012), en el caso del procesamiento de emociones de tono negativo como ansiedad y dolor, se ha visto una activación de la amígdala, la corteza cingulada dorsal y la ínsula anteriores, tanto cuando las emociones son experimentadas en primera persona como cuando son observadas en otro. Estas zonas no se activan cuando se experimentan u observan emociones positivas como alegría. Por otro lado, la empatía de emociones positivas como gozo y alegría, activan regiones más corticales involucradas en los procesos de mentalización, lo que no ocurre cuando se experimentan u observan emociones de tonalidad negativa (Flisbeck

¹⁰ Individuos de la misma especie.

et al, 2018). En particular, el área Septal se activa en todas las condiciones de empatía, es decir al observar tanto emociones positivas, como negativas, además la magnitud de su activación resulta ser predictiva de conductas prosociales (Morelli et al, 2012).

El proceso empático emocional, está altamente relacionado con los sistemas de neuronas espejo (Iacoboni, 2009), incluso se ha visto que la actividad del sistema de neuronas espejo humano es más fuerte en individuos más empáticos (Decety & Svetlova, 2012). Las neuronas espejo tienen la capacidad de recrear los movimientos intencionados y algunos estados emocionales del otro observado (Iacoboni, 2009; van Dongen, 2020).

De manera más precisa, la evidencia ha demostrado al menos tres procesos relacionados con el sistema de neuronas espejo. Primero, al observar el movimiento intencionado de un otro, se activan las propias representaciones motoras. Lo segundo es que se activan las propias representaciones somatosensoriales y nociceptivas mientras se ve estas mismas experiencias en otros. Lo tercero, es que se activan representaciones de los propios estados emocionales y expresiones faciales emocionales mientras se presencian emociones de otros individuos (Keysers & Gazzola, 2009).

Este proceso del sistema de neuronas espejo denominado “simulación encarnada” por Gallese (2009), se entiende como un mecanismo funcional que involucra muchos aspectos de la cognición social debido a la activación de los circuitos cortico-corticales múltiples y paralelos que favorecen la conectividad y la reciprocidad entre los individuos dentro de un grupo social.

Lo que ocurre en esta simulación encarnada empática, es que de manera automática y prereflexiva, ciertas regiones cerebrales mapean las emociones de la otra persona (contemplando los tres procesos mencionados previamente), en otras palabras, a nivel neuronal la empatía emocional permite no sólo entender la emoción de la otra persona, sino que sentir junto con el otro (van Dongen, 2020), siendo más intensas estas activaciones en individuos con mayores niveles de empatía (Keysers & Gazzola, 2009). Ocurre una simulación interna con las emociones propias a partir de lo observado en los otros, obteniendo con esto una base para comprender los estados afectivos de los demás.

Las investigadoras Singer y Leiberg (2009) señalan que la evidencia científica muestra que esta representación encarnada al observar el estado afectivo de otra persona está sesgada por el propio estado emocional, una tendencia llamada sesgo de egocentrismo.

Por lo tanto, aunque las representaciones compartidas pueden evocarse de forma bastante automática, éstas no responden necesariamente a la experiencia afectiva observada. En otras palabras, el sujeto que observa refleja en su cerebro las emociones del otro, sin embargo, sus propios estados afectivos influirán en su respuesta espejo. De esta forma, la empatía emocional siempre estará influida por la subjetividad del individuo que la experimenta.

Empatía Cognitiva o Mentalización

La reacción espejo ante la emocionalidad del otro, mayormente asociada a la empatía emocional, no implica necesariamente una comprensión causal de las reacciones emocionales observadas y compartidas, algo que es más habitual en la mentalización (Flasbeck et al, 2018). En este sentido se ha visto que el sistema de neuronas espejo se involucra mayormente en experiencias emocionales que no requieren de mayor información contextual para ser entendidas, por ejemplo, eventos de dolor físico inequívocos.

Sin embargo, no se activan necesariamente en situaciones emocionales donde la comprensión de la emoción requiere de la consideración de información contextual, mayormente vinculados con los procesos de empatía cognitiva (Gonzalez-Lienres et al, 2013).

La mentalización se refiere a la capacidad de comprender los estados psicológicos o mentales de otros individuos, como sus creencias, deseos, emociones y conocimientos, permitiendo predecir la conducta e intenciones de los otros (Tirapu et al, 2007).

La empatía humana, es la única que incorpora funciones cognitivas de nivel superior producidas por estructuras corticales que están involucradas en el procesamiento de la comprensión causal de las emociones en contexto (Flasbeck et al 2018; Stone y Gerrans, 2006).

El logro de una adecuada mentalización en el adulto requiere que el sujeto disfrute de cierto tipo de experiencias cognitivas y sociales durante su desarrollo en la infancia temprana (Stevens et al, 2018), es decir, tanto la empatía emocional como la cognitiva son procesos dependientes de las experiencias socio afectivas proporcionadas por los vínculos tempranos. Los individuos que tienen un apego seguro logran una mayor conexión emocional con otros, y si gracias a un vínculo estable logran aprender a regular sus estados internos de forma satisfactoria, serán capaces de tener una respuesta empática saludable, que favorezca el interés empático por otras personas, con bajos niveles de agotamiento emocional, por ejemplo, en una sobre exposición al sufrimiento humano (Decety et al, 2014).

Respecto a la ontogenia de la mentalización, es posible observar algunos atisbos al poco tiempo del nacimiento a través de la imitación de gestos faciales. Posteriormente se logra la atención conjunta y el señalamiento protodeclarativo alrededor de los 18 meses. La participación en el juego de simulación que es distinto de la realidad a los 18-24 meses. Una comprensión del deseo a los 2 años, una comprensión elemental de las creencias falsas a los 3-4 años. La comprensión de las creencias de segundo orden a los 6-10 años y la comprensión de situaciones incómodas y “paso en falso” a los 9-11 años (Frith & Frith, 2006; Stone et al, 1998).

Esta capacidad tiende a aparecer en su totalidad cuando ya se han desarrollado ciertas estructuras de la corteza prefrontal (Tirapu, 2007; van Dongen, 2020) y aunque parece ser una capacidad universal, se ha visto disminuida o inexistente en casos de lesión cerebral (Apperly et al, 2004) y en discapacidad del neurodesarrollo, como en el caso del autismo (Baron-Cohen, 2005).

El proceso neuronal de la mentalización es distinto al de la empatía emocional. Es posible que en ocasiones actúen de manera conjunta, pero se estructuran de manera independiente. Ya se ha visto en el apartado anterior que, en el caso de la empatía emocional, existe un reflejo automático encarnado a nivel de redes de neurona espejo, que podría no reclutar la participación del sistema neural de la mentalización.

Por otro lado, en la empatía de emociones positivas como la alegría, se ha visto una activación de sistema de mentalización sin activación del circuito de neuronas espejo (Flasbeck et al, 2018). La mentalización actúa mayormente en situaciones emocionales donde se requiere considerar información contextual para comprender la emoción, intenciones o conducta del observado.

Los aspectos cognitivos de la empatía incluyen funciones como la representación de los estados mentales propios y de los otros, como también la comprensión y la regulación de emociones. Estas funciones están muy relacionadas con los procesos que intervienen en la toma de perspectiva, la autorregulación y la atención, todas funciones ejecutivas dirigidas por la corteza prefrontal medial, la corteza prefrontal dorsolateral y la unión temporo-parietal (Decety et al, 2014).

Respecto a la red neuronal que participa en la empatía cognitiva, aunque aún sigue siendo estudiada, parece tener un amplio consenso respecto a la participación de las siguientes estructuras cerebrales: corteza retroesplenial, corteza prefrontal dorsomedial y medial, corteza cingulada posterior, la unión temporal-parietal, surcos temporales superiores, precuneus, la circunvolución frontal medial y los polos temporales (Morelli et al, 2012; Stevens et al, 2018). Estas estructuras se reclutarán dependiendo del contexto en que se da la empatía cognitiva. Un ejemplo interesante de esto se da en el caso de mentalización que involucra ciertas creencias políticas. Cuando se piensa en personas con creencias políticas o sociales similares al sujeto, se activa una región ventral de la corteza prefrontal medial relacionada con pensamientos autorreferenciales, mientras que la mentalización sobre alguien con ideas diferentes a las propias involucra una subregión más dorsal de la misma corteza (Pineda et al, 2009).

Otro ejemplo es el caso de un equipo de médicos, quienes frente a escenas de dolor físico tuvieron una activación significativamente mayor en regiones en las que interviene el control ejecutivo, la autorregulación y la comprensión de los estados mentales, que en personas que no están familiarizados con ver el dolor ajeno. La forma en que esto se logra es con una menor activación empática y una mayor regulación cognitiva de una respuesta emocional (Decety et al, 2014).

Para inferir los estados mentales cognitivos de otros de manera representacional y abstracta, se activan regiones del cerebro que incluyen la unión temporoparietal, el precuneus y la corteza prefrontal medial. Si durante la percepción de la experiencia del otro, se busca autorregular la respuesta emocional propia, lo que ocurre es una menor activación de las regiones límbicas, incluidos el cíngulo y el putamen, y las regiones somatomotoras (Decety et al, 2014).

Existen gradaciones en términos del control voluntario sobre los procesos de empatía, mostrando mayores grados de libertad en los niveles más altos de procesamiento. En otras palabras, mientras más involucradas estén las estructuras ejecutivas del cerebro, más consciente es el proceso de empatía y mentalización. De esta forma, este proceso ocurre de manera automática y sin esfuerzo, a nivel de contagio emocional, imitación y también en la comprensión de los estados mentales del otro (Iacoboni, 2009).

Sin embargo, a mayor complejidad del sistema, aumenta la posibilidad de desarrollar respuestas más conscientes, por ejemplo en la autorregulación de la respuesta emocional frente a un estímulo gatillante o al intentar comprender las causas de la frustración observada en otro sujeto (Borja et al, 2020; Pineda et al, 2009). Esta variación en el control voluntario tiene una explicación neuroanatómica, ya que los procesos involucrados en la empatía emocional y la cognitiva descansan en diferentes estructuras neuronales.

Los procesos relacionados con la empatía emocional se basan en áreas límbicas y paralímbicas que son filogenéticamente más antiguas, mientras que la mentalización depende más de regiones neocorticales evolutivamente más jóvenes (Pineda et al, 2009).

Cuando las variables contextuales e interpersonales se modifican, las respuestas empáticas también pueden variar (Akitsuki & Decety, 2009). Estas variables pueden ser por ejemplo el nivel de vulnerabilidad del observado, el ambiente físico o el nivel de autoconciencia, estrés o experiencia del sujeto que observa (Flasbeck et al, 2018).

En conclusión, parece haber dos vías complementarias para entender lo que sucede a otro: una vía encarnada relacionada con la empatía emocional y otra

vía cognitiva involucrada en la mentalización. Lo que sucede en el caso de la mentalización, es que cuando se observa a un individuo experimentando intereses, intenciones, emociones y /o creencias, se activa una vía cognitiva que permite interpretar las señales percibidas (expresiones faciales, movimientos, palabras, lenguaje no verbal, etc.) y ponerlos en un contexto que le da sentido a la acción y que permite además inferir la causa de lo percibido en el otro. La empatía cognitiva, no sólo permite entender lo que sucede al otro individuo considerando el contexto en el que ocurre la experiencia, sino que también posibilita regular el tipo de respuesta que se da durante la situación intersubjetiva.

Diferenciación entre la Propia Conciencia y la Conciencia del Otro

El tercer componente del modelo multidimensional de la empatía humana propuesto por Decety y Jackson (2004) corresponde a la diferenciación entre el propio self o autoconciencia y la conciencia del otro. El cual se ha sumado al modelo debido a que se ha demostrado que a mayor capacidad del infante para lograr esta diferenciación entre su subjetividad con la del otro, mayor será su capacidad empática (Flasbeck et al, 2018; Misailidi & Tsiara, 2021).

La capacidad de reconocer la propia subjetividad también tiene un sustento neuronal, algo que se hace evidente en las personas que producto de un daño cerebral sienten que la subjetividad de otra persona se está apoderando de la suya propia, o que su propia conciencia se ha trasladado a otro cuerpo (Franks, 2010). Este fenómeno sugiere que los cerebros humanos individuales tienen la capacidad de asignar subjetividad, tanto a los demás como a uno mismo, pero que frente a ciertas lesiones, no es posible establecer la diferencia.

Para abordar el tema de la autoconciencia, se revisará previamente elementos generales del consciente e inconsciente, que son antecedente de la autoconciencia. Finalmente se revisa los factores contextuales en los que se desarrolla la intersubjetividad, la cual ocurre indefectiblemente en un contexto y se constituye como parte fundamental de este proceso.

El Cerebro Consciente. De manera general se suele entender a la conciencia como el resultado de interacciones entre redes neuronales en el cerebro, que permiten el acceso consciente a cierta información (Dehaene, 2015; Kreiman, 2014). Para Damasio y Carvalho (2013) la conciencia es un estado mental en el que el flujo regular de imágenes mentales (patrones mentales de cualquier modalidad sensorial) se ha enriquecido con la subjetividad, es decir, imágenes mentales que representan estados del cuerpo.

Todo el tiempo, el cerebro está recibiendo una gran cantidad de información sensorial, pero la mente consciente tiene acceso sólo a un pequeño porcentaje de ella. El acceso a la conciencia es un proceso altamente selectivo, de hecho es posible acceder en general a un solo pensamiento consciente a la vez y el resto de la información se encuentra en un estado preconsciente. Como lo describe Dehaene (2015) la información que no pasa a la conciencia se encuentra “accesible, pero no accedida (...) latente en el enorme depósito de estados inconscientes” (p.39).

Es posible que si el ser humano fuese consciente de todo lo que está haciendo, pensando o percibiendo, la sobrecarga detendría la acción y el pensamiento, ya que el procesamiento de información en la conciencia es demasiado lento para permitir el flujo experiencial requerido en el estar siendo momento a momento (Franks, 2010).

Neuroanatómicamente hablando, las investigaciones han arrojado información que asocia el estado conciente con la corteza prefrontal y el hipocampo. Desde el punto de vista evolutivo, la función de la conciencia se relaciona con lograr aprendizajes que puedan perdurar en el tiempo, con el fin de unir información que se da en momentos distintos. Esto explicaría la participación del hipocampo en los procesos conscientes, ya que esta estructura es la que permite la memoria contextual en detalle y por tanto un aprendizaje a mediano y largo plazo (Franks, 2010). Por otro lado, la corteza prefrontal es considerada la responsable de los procesos reflexivos y el diseño de estrategias (Dehaene, 2015).

En su conjunto la conciencia permite traer el pasado al presente y proyectarlo al futuro, permitiendo que el sujeto no quede atrapado en el presente inmediato (Beltrán-Jaimes et al, 2012). También posibilita que la comunidad de sujetos

(conscientes) se puedan comunicar entre si, ya que hace que la información sea accesible para el lenguaje y por tanto se vuelva disponible para ser grabada en la memoria (Dehaene, 2015).

En otras palabras, toda la información que logra pasar a la conciencia, tiene el potencial de ser transformada en lenguaje y por tanto podría ser compartida. Lo que se mantiene fuera de la conciencia no se puede comunicar. Pero esto tampoco significa que todo lo que surge en la conciencia puede ser expresado a través del lenguaje, ya que este no tiene todas las formas simbólicas necesarias para representar la complejidad de la experiencia que la conciencia es capaz de percibir (Dehaene, 2015).

Esto sucede por ejemplo cuando un paciente en psicoterapia, intenta describir una experiencia vivenciada de manera emocionalmente intensa, y utiliza el lenguaje corporal, metáforas y diversos medios para que el otro logre comprender en algún grado la subjetividad de lo vivido, ya que las palabras no logran reflejar la vivencia. Pese a esta limitación, es el lenguaje el medio que ha permitido a la comunidad compartir sus contenidos mentales, como una forma de vinculación social (Dunbar, 1996).

El Cerebro Inconsciente. Merleau-Ponty decía que el cerebro sabe cosas que nosotros no. En la misma línea Gazzaniga (1998) plantea, que la mente es la última en enterarse de las cosas y para cuando el sujeto se da cuenta de que sabe algo, el cerebro ya ha hecho su trabajo. De hecho el cerebro termina su trabajo medio segundo antes de que la información que procesa llegue a la conciencia, es así como el 95% y 98% de lo que ocurre en el cerebro está fuera del alcance de la conciencia (Gazzaniga, 1998). Este investigador también ha planteado que el cerebro prepara las células para una acción decisiva mucho antes de que el sujeto esté pensando siquiera en tomar una decisión y además explica que el sistema motor, que hace operativas las decisiones del cerebro en el mundo, es independiente de las percepciones conscientes.

Con frecuencia, el actuar es mayoritariamente inconsciente, hasta que la acción es bloqueada o encuentra algún tipo de resistencia que dificulta su continuidad. Sólo entonces el sujeto utiliza el razonamiento consciente para deliberar sobre

cómo proceder y para reflexionar conscientemente sobre posibles cursos de acción alternativos o evaluar las propias capacidades de forma consciente (Frank, 2010).

En la actualidad la neurociencia plantea que existen al menos dos tipos muy diferentes de inconsciente, el procedimental y el dinámico. El inconsciente procedimental se relaciona con los procesos cerebrales rutinarios que respaldan las funciones biológicas cotidianas de percepción, respiración y actividades metabólicas e involucra los procesos generales que permiten al cerebro recordar algunos eventos pasados (Franks, 2010). Este nivel de inconsciente también es el encargado de dar una forma unitaria a las partes percibidas, un complejo proceso de unificación que tarda alrededor de 0,5 segundos (Wentworth & Ryan, 1992).

El inconsciente dinámico o también conocido como el inconsciente de contenido, se relaciona con procesos encubiertos como son las emociones, sesgos, prejuicios, recuerdos reprimidos y mecanismos de defensa como racionalizaciones, proyecciones y negaciones (Anderson & Phelps, 2000; Damasio, 2003; Franks, 2010; LeDoux, 1996).

En esta línea Damasio (2003) plantea que los estados emocionales, que son inconscientes y automáticos, vienen primero y que se convierten en sentimientos al lograr pasar a la consciencia. Es posible que esto ocurra, debido a la capacidad de la amígdala para eludir los procesos cognitivos más lentos de la corteza prefrontal (Cacioppo et al, 2004). El cerebro busca facilitar los procesos, hacerlos rápidos y eficientes, por lo que utiliza con frecuencia los caminos más automáticos y por tanto menos conscientes.

El hecho de que las emociones, sesgos y prejuicios sean inconscientes les otorga una poderosa influencia en las personas, generando un mayor impacto en el comportamiento (Franks, 2010; LeDoux, 2002). Varios de estos procesos inconscientes como el funcionamiento automático de las neuronas espejo, la empatía, el contagio emocional, la simpatía, los prejuicios, los sesgos sociales, el aprendizaje de los principios culturales, son elementos constitutivos de la intersubjetividad. De esta forma se puede sostener, que la intersubjetividad actúa en su mayor parte de manera inconsciente y pasa a la consciencia sólo cuando

esta dinámica vincular se ve bloqueada o cuando a través de un acto intencional se promueven procesos reflexivos sobre estos (por ejemplo en una perturbación estratégica terapéutica).

Autoconciencia. Un tipo especial de consciencia es la autoconciencia, que tiene la característica particular de convertir al sujeto que está tomando conciencia, tanto en sujeto consciente como en el objeto de esa conciencia. Para Gusnard (2006) lo anterior implica la ocurrencia de dos procesos de conciencia simultáneos, tanto como el conocedor (sujeto activo involucrado en la experiencia), como el contenido (el objeto de la experiencia). Requiriendo una la capacidad humana única de representar los propios estados como siendo propios.

La autoconciencia no domina continuamente el flujo de la experiencia subjetiva, sino que es una propiedad que puede emerger a primer plano durante la experiencia en momentos específicos, sin embargo la mayor parte del tiempo se encuentra en un estado prereflexivo (Dehaene, 2015).

Como se explica en el apartado anterior, es gracias a la conciencia que se pueden unir los recuerdos con la experiencia presente y proyectarse al futuro. Cuando este proceso se vincula con el sí mismo, es la autoconciencia la que permite entretelar la vida del sujeto en una historia que tenga sentido para él y que logre ser consistente con su concepción de sí mismo.

Los inicios de la autoconciencia, se ubican alrededor de los 2 años, cuando el infante es capaz de reconocer su propia imagen visual en un espejo (Amsterdam, 1972). Tanto este proceso, como la identificación con los demás e incluso los procesos intersubjetivos, dependen en gran medida de recursos del hemisferio derecho, que son los que se desarrollan primero en el cerebro del infante (Decety & Chaminade, 2003).

Por ejemplo, cuando el sujeto mira una imagen de su propio rostro, se activa el empalme occípito-témporo-parietal y el opérculo frontal del hemisferio cerebral derecho y cuando logra reconocer su rostro, se activa una red frontoparietal en el mismo hemisferio (Uddin et al, 2005).

Tanto la autoconciencia, el auto reconocimiento y la información relacionada con el sí mismo, son procesadas principalmente en este hemisferio, llegando incluso a proponerse que la función principal del hemisferio derecho, es mantener un sentido coherente, continuo y unificado del self (Devinsky, 2000; Feinberg & Keenan, 2005; Perrin et al, 2005).

Esta región también se vincula con la atención que un individuo da a su experiencia de movimiento, aspectos del espacio personal de uno mismo, a la realización de atribuciones de agencia (Farrell & Robertson, 2000; Farrer et al, 2003; Decety & Jackson, 2004) como también a las extensiones de uno mismo en el espacio como en el caso de utilizar una herramienta (Ackroyd et al, 2002; Maravita et al, 2003), todas capacidades consideradas parte integrante de la autoconciencia.

Finalmente es importante destacar que los principales sistemas de autorregulación afectiva del cerebro están ubicados en el área prefrontal orbital del hemisferio derecho (Bradshaw & Schore, 2007) y la maduración de este sistema está directamente ligado con el origen del self, proceso que es altamente dependiente de la experiencia (Schore, 1994). En la medida que el menor va creciendo, los procesos de autoconciencia se van complejizando y van incorporando progresivamente más funciones de la corteza prefrontal, siendo ambos (hemisferio derecho y corteza prefrontal), las dos áreas mayormente involucradas en la conciencia de sí mismo, intrínsecamente vinculados con la constitución de la propia identidad y del logro de la empatía.

La corteza prefrontal participa en procesos relacionados con evaluar información en la que el sujeto está involucrado. Y más específicamente la corteza prefrontal medial, que parece tener un papel especializado en el pensamiento sobre el yo, como en el caso de la evaluación de rasgos de personalidad propios (Kelley et al, 2002; Moran et al, 2006), incluso el escuchar el nombre propio también activa esta zona (Perrin et al, 2005).

La corteza prefrontal medial también se activa al pensar en otras personas que se consideran similares a uno mismo (Mitchell et al, 2005), posiblemente debido más a la cercanía emocional que a la similitud que pueda haber entre ambos (Krienen et al, 2010). Por último, en la función de recordar eventos personales o

episódicos y cuando se hace consideraciones del estado mental propio o atribuciones del estado mental de un otro, hay participación de las regiones paracingulada anterior dorsal y prefrontal dorsomedial (Cabeza & Nyberg, 2000; Cabeza et al, 2004; Frith & Frith, 2006; Gusnard et al, 2001).

Ya se ha visto en el apartado de empatía cognitiva que la corteza prefrontal medial también es considerada como una región clave en la mentalización. Esto sumado a su participación en el pensamiento autorreferencial, ha llevado sugerir de que las personas utilizan el pensamiento autorreferencial para interpretar el comportamiento de los demás (Mitchell, 2009). Como tal, esta evidencia implicaría un continuo yo-otro en esta región del cerebro.

En conclusión, los resultados del estudio de la autoconciencia, demuestran que las redes cerebrales involucradas en los procesos del self, son las mismas que se activan al procesar información respecto de otros, lo que lleva a sugerir que no hay ningún mecanismo neuronal en el cerebro que sea exclusivo para procesos relacionados con el sí mismo (Gillihan & Farah, 2005).

Esto podría implicar que el cerebro humano construye la propia identidad, utilizando las mismas estructuras cerebrales que se utilizan para comprender al resto de las personas (Dehaene, 2015). Es como si la propia identidad fuera construida como un personaje más, junto con los otros que constituyen las experiencias intersubjetivas. En palabras de Ricoer (2006) cada sujeto (o en este caso su cerebro) construye un “sí mismo como otro”.

Dehaene (2015) lo explica de la siguiente forma:

Nuestro yo es sólo una base de datos que se llena por obra de nuestras experiencias sociales, de la misma manera en que intentamos comprender otras mentes (...) aprender quiénes somos es una deducción estadística de la observación. Dado que pasamos una vida entera con nosotros mismos, llegamos a una perspectiva de nuestro carácter, nuestro conocimiento y nuestra seguridad propios que es sólo un poco más refinada que nuestra perspectiva de la personalidad de otras personas. (p.147)

El Sí Mismo Encarnado y en Contexto. Existe un tipo particular de autoconciencia, la que siente que el yo se encuentra dentro del espacio ocupado por el propio cuerpo (Damasio, 2003).

Los procesos intersubjetivos no ocurren de manera aislada, sino que ocurren siempre en un cuerpo y dentro de un contexto. Esta información contextual percibida, permite la comprensión de los estados mentales, emocionales y cognitivos de los demás y define las reacciones concomitantes (Ibáñez, 2018). En otras palabras, este yo encarnado en un cuerpo, utiliza distintas fuentes de información para comprender la situación social y responder adecuadamente a ella. Estas fuentes van más allá del sentido de la visión o audición, sino también consideran el sentido de dónde se encuentran nuestras extremidades en el espacio (propiocepción), que se da por los receptores de estiramiento en los músculos y ligamentos, y también los sentidos internos (interocepción), que transmiten el estado interno del cuerpo y puede incluir dolor, temperatura, hambre, frecuencia cardíaca y dificultad para respirar (Damasio, 1999).

De estos planteamientos se deduce, que el cuerpo y el contexto son un continuo, donde la percepción de los estados internos ofrece información valiosa sobre lo que ocurre en la situación social contextual. En esta línea, Ibáñez y García (2018) proponen que existen tres fuentes internas que reaccionan al contexto, que favorecen la respuesta emocional y la toma de decisiones en situaciones sociales. La primera se refiere a la detección interoceptiva que en este contexto, alude a los cambios en la activación visceral y cardíaca que indican la importancia y relevancia de una situación específica. La segunda es la recopilación de información contextual relevante disponible para una interacción social específica como son rostros, gestos, lenguaje corporal, etc. La tercera fuente comprende la capacidad explícita o implícita para predecir y evaluar los posibles resultados de una situación particular, en base a la experiencia, la información actual y los estados interoceptivos. De esta manera, tanto los propios estados interoceptivos como la información contextual disponible son indicadores que ayudan al individuo a anticipar o crear un significado social y a su vez tomar decisiones (Damasio, 1999; Ibáñez & García, 2018).

Según la hipótesis del marcador somático de Damasio (1999), las múltiples representaciones del estado corporal que se encuentran en la corteza insular podrían permitir la simulación de acciones futuras, con el fin de utilizar los sentimientos generados por la simulación para orientar la toma de decisiones. El poder explicativo de las representaciones insulares del cuerpo podría extenderse más allá de los estados de sentimiento y la toma de decisiones, incluyendo desde la empatía y el conocimiento de otras mentes, hasta una comprensión de la conciencia subjetiva misma. Lo que Damasio (2003) llama "el yo mental", que se caracteriza por la sensación de que el yo es constante a pesar de la realidad del cambio continuo, podría surgir de estas representaciones corticales mantenidas continuamente del estado homeostático del cuerpo.

Por lo tanto, la modulación de los estados internos, la experiencia previa de la situación y la actividad neurocognitiva anticipatoria, son tres procesos estrechamente entrelazados que apoyan la integración contextual de varias dimensiones de la cognición social humana y por tanto de la intersubjetividad.

Al igual que lo planteado en los apartados anteriores sobre la empatía emocional y cognitiva, el enfoque encarnado del yo propondría que el individuo entiende las acciones, emociones y sensaciones de otras personas al mapearlas en los propios mecanismos sensoriales y motores (Gallese et al, 2004).

VII. UNA MIRADA CONSTRUCTIVISTA COGNITIVA DE LA INTERSUBJETIVIDAD

Como una forma de ordenar el proceso de integración entre las disciplinas previamente revisadas, se realizará un análisis siguiendo un modelo propuesto por la autora de la presente tesis, el cual establece una intersubjetividad multinivel, con cuatro componentes a saber.

La primera corresponde a una intersubjetividad biológica, el sujeto se perpetúa a sí mismo como especie de forma absolutamente interdependiente. Una segunda intersubjetividad corporizada, que ocurre en el momento a momento del vivir en un mundo donde existen otros yoes viviendo a la vez, en donde los yoes mínimos, tácitos y prerreflexivos se conectan, interactúan y se influyen mutuamente. La tercera correspondiente a una intersubjetividad narrativa, en la cual los sujetos conscientes de su experiencia son capaces de compartirla, a través del lenguaje, pudiendo revelar lo inaccesible para el otro, el contenido más íntimo de su mente. Finalmente, una intersubjetividad ontológica, donde los vínculos primarios y los que se van generando a lo largo de la vida van dotando de significado a la propia subjetividad.

Esta desarticulación busca dar énfasis particulares a los distintos niveles de un proceso continuo. Esta forma de ver la intersubjetividad ofrece la plasticidad de explicar los niveles por los que se moviliza un individuo desde su subjetividad y dentro de una indefectible intersubjetividad. A continuación, se desarrollará cada uno en detalle.

Intersubjetividad Biológica

Como se planteó en capítulos anteriores, el cerebro humano puede ser mejor entendido, si se comprende como un órgano intersubjetivo, ya que depende completamente de otros cerebros para su desarrollo, es decir, la auto organización del cerebro del menor en crecimiento depende totalmente de la interacción con otros cerebros para lograr sus capacidades críticas y las de más alto nivel (Brothers, 1997; Schore, 2001).

Este cerebro intersubjetivo permite e inclina a los humanos a participar en formas complejas de interacción social y es el resultado de una historia de adaptación a la vida social con una duración de cinco millones de años (Brothers, 2002; Choudhury & Slaby, 2012). Hablar de una intersubjetividad biológica, nos permite mirar al ser humano, como un organismo que se autoorganiza interdependientemente, que subsiste y se perpetúa gracias a estas capacidades únicas de vivir en sociedad.

Existe un impulso natural¹¹ a estar con otros, a construir vidas en comunidades, a establecer vínculos con los demás. Más allá del impulso de reproducción compartido por todas las especies, y del cuidado de las crías presente en la mayoría de los mamíferos y algunas aves; en el ser humano se observa una conducta de apego con una figura preferente que no solo entregará los cuidados necesarios para subsistir, sino que proveerá de la condición afectiva a la base de todo posible ordenamiento de la experiencia.

Como plantea Yáñez (2005) el individuo responde a un mandato vital de establecer nexos con los otros para sobrevivir; luego, crecer y desarrollarse. Este autor también propone que son los procesos de apego los que ayudan a los sujetos a obtener la certidumbre de quien se es, calmando la angustia existencial provocada por su soledad epistémica (Yáñez, 2005).

Cabe recordar que los bebés nacen con una sobre abundancia de neuronas, dispuestas para favorecer la adaptación a las múltiples exigencias ambientales con las que se podrían encontrar. A partir de la recurrencia de experiencias con su entorno se van seleccionando grupos neuronales y conexiones que han sido las que más se activan como respuesta a las demandas del entorno.

Así es como se va definiendo la arquitectura del cerebro del menor. En este contexto Davidson y su equipo (2010) proponen que el diseño cerebral guiado por las interacciones recurrentes con los vínculos significativos, establecen las bases para el patrón emocional predominante en el individuo por el resto de su vida. En otras palabras, este entorno socio afectivo, modelará la autoorganización del cerebro del menor y entregará los patrones de regulación emocional y sus estrategias resolutivas tempranas (Guidano, 1994).

¹¹ Instinto gregario

En el apartado de empatía emocional se describió como el cerebro humano mapea las emociones del sujeto observado, es decir, se activan en el propio cerebro las redes neuronales que se estarían activando en el sujeto sobre el cual se está sintiendo empatía, como una especie de simulación encarnada.

Por otro parte, el menor en sus primeras fases no reconoce una diferencia entre el yo y los otros yoes, por tanto, lo que el bebé siente y lo que sienten sus figuras significativas se experimentarían de manera indiferenciada y activan las mismas zonas del cerebro. De esta forma, la sedimentación de experiencias afectivas recurrentes, proveídas por el ambiente socio afectivo generado por los cuidadores, configuran de manera primaria sus esquemas emocionales prototípicos subjetivos (Guidano, 1994). Incluso este autor propuso que es posible plantear la mismidad¹² en términos biológicos e intersubjetivos:

El conocimiento se distribuye a lo largo de una progresión que va desde la primitiva conducta exploradora rudimentaria hasta la autoconciencia humana, la evolución aparece como una estrategia regulatoria esencial que apunta a lograr la estabilidad en un medio cambiante, a través de la adquisición de niveles más complejos de funcionamiento autorreferencial autónomo. (p.22)

Como ya se ha visto en capítulos anteriores, el inicio de la autoconciencia es identificada alrededor de los 2 años, cuando el niño es capaz de reconocerse en un espejo, logro relacionado con el desarrollo de estructuras del hemisferio derecho. Este logro a su vez da como resultado el asentamiento de las bases para el desarrollo de otras capacidades socio cognitivas. Por ejemplo, a partir del logro de la autoconciencia, se logra la diferenciación yo – no yo, que es esencial en la empatía.

¹² Sistema de conocimiento centralizado que provee un sentido concordante de uno mismo a través de un sentimiento de continuidad y unicidad personal. Vinculado a los procesos de mantenimiento y de predominio simbólico en cuanto a esquemas cognitivos y emocionales (Yañez, 2005).

Apoyándose en los planteamientos de Maturana y Varela (1998), Vittorio Guidano (1994) plantea que la dinámica de la mismidad reside en la noción de autoorganización, proponiendo que el sujeto se organiza y actúa con el fin de preservar su identidad e integridad como sistema, impulsado por una imposición evolutiva básica. Esta autoorganización constante que sigue una progresión ortogenética, es gatillada por presiones del ambiente, en el cual se encuentra con su alteridad. De esta forma, este neuropsiquiatra destaca el papel organizativo del apego en el desarrollo de un sentido de sí mismo como sujeto, diferenciado de su entorno.

La mirada fenomenológica también plantea que gran parte de la subjetividad de un individuo está permeada por su alteridad desde los inicios de su existencia (Cabrera, 2013) y siguiendo las palabras de Schütz (2003) “el hecho de que los seres humanos nazcan de madres establece una intersubjetividad que fundamenta toda reflexión sobre el sí mismo y la ejecución de cualquier *epoché*” (p.254).

Como es posible comprender a partir de los párrafos anteriores, existe una interdependencia entre los procesos biológicos individuales del sujeto en desarrollo y las dinámicas socioafectivas de los entornos promovidos por sus cuidadores.

A partir de esta interacción, el sujeto logra su individualidad, es decir, un sentido de sí mismo y se establecen las bases para el logro de nuevas capacidades socio cognitivas. Todo esto ocurre en un proceso progresivo de desarrollo determinado biológicamente, que es posible como resultado de una evolución filogenética del cerebro.

Desde el punto de vista psicoterapéutico, la intersubjetividad biológica podría tener un rol relevante en la psicoterapia infanto juvenil, desde la perspectiva de potenciar la coherencia entre la conformación del sí mismo y la progresión ortogenética del sujeto en sus núcleos familiares.

Respecto al modelo constructivista cognitivo, la comprensión del ser humano con una mirada biológica de la intersubjetividad aporta las bases neurobiológicas al concepto de sujeto constructivista, sobre todo en lo planteado por Guidano sobre la construcción del sí mismo como sistema autoorganizado.

En síntesis, la intersubjetividad biológica se plantea desde una visión de intersubjetividad filogenética, donde el cerebro evoluciona de la mano con una complejización social de la vida en comunidad. Además, considera una progresión ortogenética, en donde el avance del ciclo vital y la maduración de procesos cerebrales, van complejizando las capacidades intersubjetivas del individuo. Ambos procesos “biológicos”, se convierten en el sustrato físico que explica la construcción de una subjetividad en un entorno intersubjetivo.

Intersubjetividad Corporizada

Merleau-Ponty (1945) propone la existencia de una intersubjetividad encarnada o corporizada, oponiéndose al dualismo mente-cuerpo tan propio de la época. Tanto este filósofo como Husserl (1913/1939) planteaban la existencia de seres encarnados, que perciben y experimentan el mundo, prerreflexivamente. Gallagher (2000) también desarrolla ampliamente esta subjetividad corporizada bajo el concepto de yo mínimo, que como ya hemos visto previamente en este trabajo, describe un sentido básico del yo que se produce en la experiencia inmediata.

Este enfoque fenomenológico del yo corporizado, considera un nivel de yo prelingüístico y tácito, que experimenta en el mundo, y que es constitutivo de una intersubjetividad prerreflexiva, vivida de manera encarnada en la experiencia de la relación del yo y la alteridad. Los yoes mínimos se conectan e influyen mutuamente, fuera de toda consciencia o intencionalidad, sólo por estar en el campo perceptivo del otro.

El yo que participa en la intersubjetividad corporizada, existe en el momento presente y no es capaz de vincular un momento con otro para construir una historia personal. De hecho la memoria autobiográfica, aparece cuando las capacidades lingüísticas están disponibles (Santamaría & Montoya, 2008), es decir, cuando el sujeto es capaz de entrar activamente en la intersubjetividad narrativa.

Por tanto, se podría decir que la intersubjetividad corporizada se mueve en el eje sincrónico, en el cual el análisis del paciente considera un momento presente sin tener en cuenta su evolución histórica (Yañez, 2005). Corresponde al material

emergente producto de la dinámica de la relación terapéutica, en el aquí y ahora de la interacción en sesión, y se consideran los intercambios en los niveles de respuesta comportamental, emocional y cognitivo que se producen entre el paciente y el terapeuta.

La utilidad de moverse en el eje sincrónico en la relación terapéutica es el favorecer que el paciente tome los elementos prerreflexivos de la relación intersubjetiva y los movilice a la consciencia, en especial de la forma en que experimenta la relación con los demás. Yáñez (2005) explica que la función del análisis sincrónico suministra al paciente un desmentido experiencial acerca de su esquema interpersonal¹³ disfuncional, le permite conocer como él impacta en las dinámicas relacionales en las que está involucrado; y finalmente activa un proceso de descentramiento¹⁴ natural en el paciente, que le permitirá distinguir entre “la realidad y su interpretación de la realidad” (Safran & Segal, 1994, Pág. 195). Estos intercambios se expresan en los marcadores interpersonales¹⁵, señales corporizadas que indican el momento oportuno en que el sujeto se puede mover en las dimensiones descritas de la intersubjetividad en la exploración terapéutica.

Tal como se ha documentado a través de una serie de estudios neurocientíficos, el cuerpo mapea las intenciones, movimientos y emociones del otro, como una especie de simulación encarnada (ver apartado “intersubjetividad en el laboratorio”). Los sistemas de neuronas espejo reaccionan a la presencia del otro, activando las mismas redes que se activan cuando es el propio sujeto el que está teniendo la experiencia emocional, somatosensorial o motora. No hay circuitos diferenciados para comprender la propia experiencia y la experiencia ajena. Más aún, como se explicó en el apartado de Autoconciencia, las redes cerebrales involucradas en los procesos del Self, son las mismas que se activan al procesar información respecto a otros. Como señalaba Ricoer (2006) cada

¹³ Estructuras cognitivo-afectivas que se conciben como representaciones prototípicas de muchas interacciones relativas al mantenimiento de las relaciones interpersonales. Sus componentes son: Imágenes y recuerdos episódicos específicos; Conductas expresivo-motoras asociadas; Activación autónoma y planes y contingencias de tipo consecuencial. (Safran & Segal 1994, Pág. 148).

¹⁴ Proceso a través del cual un individuo puede distanciarse de su experiencia inmediata, cambiando así la índole misma de esa experiencia (Safran & Segal 1994).

¹⁵ Acciones del paciente que parecen estar asociadas o vinculadas con los sentimientos y tendencias a la acción suscitados en el terapeuta. Estas acciones van desde conductas manifiestas hasta sutiles comunicaciones y posturas corporales paralingüísticas y no verbales. (Safran & Segal , 1994, pág. 112).

sujeto construye un sí mismo como otro, y en el caso de la intersubjetividad corporizada podría decirse que también construye al otro como a un sí mismo. Cuando interactuamos, por medio de las redes neuronales activadas por la simulación encarnada, experimentamos la presencia de otros en nosotros mismos. Posiblemente este encuentro corporizado con el otro disminuya la soledad epistémica en la que vive inmerso el sujeto, y explique este mandato vital de establecer nexos con otros para calmar su incompletitud. Sin intención alguna su cuerpo se encuentra con otro y el otro se transforma en parte de él. Es en la intersubjetividad corporizada en la que vivimos la mayor parte del tiempo, en un flujo constante de influencia recíproca, automática, tácita y prerreflexiva. Esto ocurre hasta que alguna perturbación del entorno, activa procesos conscientes que te movilizan a un siguiente nivel de intersubjetividad, la cual he denominado intersubjetividad narrativa.

El cerebro actúa como un espejo de las emociones del otro, sin embargo, cada espejo refleja a partir de sus cualidades particulares estructurales y el estado emocional del momento. Esto significa que no todos vivimos de la misma manera el encuentro con el otro, sino que va a depender del diseño neuronal previo y el estado emocional en que se encuentra el sujeto al momento del encuentro con la alteridad. Entonces, la calidad del reflejo dependerá de las estructuras previas y la condición del momento en que el sujeto construye su realidad.

Por tanto, la intersubjetividad corporizada es construida a partir de las subjetividades de los sujetos particulares y éstas se construyen a partir de las intersubjetividades biológicas y corporizadas previas. Es posible identificar un ciclo que se retroalimenta y se co-construye mutuamente, son parte de un continuo en donde una no existe sin la otra.

Cuando se habló de intersubjetividad biológica, se destacó el rol fundamental de los vínculos primarios en la autoorganización del cerebro del menor y finalmente en la arquitectura cerebral que se diseñará a partir de esta relación. Esto se logra por la vivencia corporizada del menor en el vínculo con sus cuidadores.

La recurrencia de experiencias va fortaleciendo determinadas redes neuronales hasta consolidarlas, creando patrones relacionales y emocionales que se mantendrán en sus relaciones adultas. Teniendo esto en cuenta, se podría

pensar que las relaciones adultas vividas corporizadamente, de manera regular y recurrente, también podrían activar ciertas redes neuronales (dentro de las que han quedado disponibles luego de la poda infantil) que producto de una sedimentación de experiencias, pueda modificar este diseño inicial.

Si esto fuera así, una intersubjetividad corporizada adulta estable, tendría el potencial de crear cambios en la subjetividad del sujeto a nivel neurobiológico. En este contexto, la relación terapéutica entonces también sería un posible gatillante del rediseño de la arquitectura cerebral, en línea con lo señalado por Neimeyer y Mahoney, (1998, p. 119), cuando destacan el papel crítico de la relación terapéutica como favorecedor del inicio del “cambio humano”. Ya lo adelantaba Yáñez (2005) cuando define en su modelo terapéutico las técnicas procedurales que “crean las condiciones para que la dinámica intersubjetiva entre paciente y terapeuta sea al mismo tiempo, la fuente de las condiciones para producir el cambio y la reorganización o reestructuración de la coherencia sistémica del paciente” (p.105). Esto pone de relieve el poder transformador del espacio intersubjetivo, incluso cuando no hay intención de provocar tal impacto en el otro.

Incluso el lenguaje puede considerarse como una experiencia intersubjetiva corporizada, en el entendido que el área de Broca formaría parte del llamado sistema de neuronas espejo (Gallese, 2009). Esta área se activa por imitación, mediante la observación de gestos y más generalmente, mediante la observación de las acciones (Bernardis & Gentilucci, 2006).

Lo que se ha demostrado es que el cerebro reacciona a los símbolos gestuales de la misma manera que a los verbales. La palabra hablada y el gesto simbólico están codificados como una señal única por un sistema de comunicación único, por lo que la acción contribuye a la comprensión de oraciones. Con esto se pone de relieve el aspecto ilocutivo de la comunicación, el cual es considerado una intervención clave dentro del modelo constructivista cognitivo.

Esta intervención busca reflejar la intención de lo dicho por el paciente, o sea, que lo que se refleja es la categoría ilocutiva de un acto de habla, de modo tal que la expresión que vehicula el reflejo ilocutivo, pone especial énfasis en los verbos y la acción del verbo, más que en la categoría conceptual empleada.

Sería correcto decir que el modelo constructivista cognitivo considera la intersubjetividad corporizada tanto en sus técnicas procedurales como en las intervenciones psicoterapéuticas.

Intersubjetividad Narrativa

En los primeros años de vida el sujeto vive inmerso en su intersubjetividad biológica y corporizada, las cuales van proveyendo de las estructuras cognitivas y emocionales necesarias para el desarrollo del código intersubjetivo atemporal que ofrece el lenguaje. Sin estas experiencias intersubjetivas prelingüísticas, se hace difícil que el menor logre avanzar en el desarrollo de estructuras más complejas y más aún, el logro de un sentido de identidad personal coherente.

La incorporación del lenguaje permite al individuo integrar el sentido de sí mismo logrado en la intersubjetividad corporizada en el vínculo familiar, de manera significativa en su subjetividad.

Esta dinámica dual entre la praxis del vivir y la explicación (Maturana, 1990), o en otras palabras, entre la intersubjetividad corporizada y la narrativa, puede ser comprendida como una relación dialéctica. En esta relación el nivel de experiencia inmediata “Yo”, permite al individuo la generación de un sentido de sí mismo como sujeto teniendo la experiencia y el “Mi” le permite dar un ordenamiento a estas experiencias inmediatas (Guidano, 1994) y como resultado de este ordenamiento el sujeto puede compartir significados con otros.

De acuerdo a Maturana (1978):

La función básica del lenguaje como sistema orientador de la conducta no consiste en la transmisión de información (...) sino en la creación de un campo consensuado de comportamiento entre sistemas lingüísticamente interactuantes, mediante el desarrollo de un campo cooperativo de interacciones. (p.50)

En la misma línea Ricoeur (1986/1991), plantea que través del discurso, el lenguaje adquiere un mundo situado en una comunidad de otros y el lenguaje es ante todo discurso. A partir de estos planteamientos se podría decir, que el

lenguaje se transforma en un puente entre distintas subjetividades, que al salir del fluir tácito en que se mantienen inmersos permanentemente, logran compartir significados atemporales, en una narrativa que trasciende el momento presente. Por tanto, este nivel de intersubjetividad permite al sujeto comenzar a moverse en un eje diacrónico. Las experiencias intersubjetivas ocurridas en este nivel, al ser accesibles a la conciencia, pueden quedar en la memoria, generando una especie de “repositorio” de la historia del paciente. Este registro de experiencias serían las que van a significarse ontológicamente.

En este nivel de intersubjetividad se encuentra el yo narrativo postulado por los fenomenólogos, el cual consiste en la identidad social y la memoria autobiográfica que se extiende a través del tiempo y que le permite al individuo construir un sentido consciente de unidad (Gallager, 2000).

A esta altura de la reflexión se podría decir que la intersubjetividad narrativa, es aquella interacción en la cual los sujetos conscientes de su experiencia son capaces de compartirla a través del lenguaje, pudiendo develar lo inaccesible para el otro, el contenido más íntimo de su mente. De esta manera se refleja tanto en los recursos que ofrece al sujeto para individuarse de la experiencia inmediata y de los otros, como en la oportunidad que entrega para encontrarse con estos otros en una realidad construida y compartida intersubjetivamente. Le permite salir de su experiencia tácita y transformarla en un discurso, encarnado y en contexto, viable de ser compartido y construir realidades intersubjetivas.

Cabe preguntarse ¿Cómo se vincula la intersubjetividad narrativa con la psicoterapia? La Psicoterapia fue conocida inicialmente como “conversaciones que curan”, una expresión originada por Bertha Pappenheim, una de las primeras pacientes en recibir tratamiento psicoterapéutico (Breuer and Freud, 1895/1995). Desde esta mirada se podría plantear que la intersubjetividad narrativa psicoterapéutica es una instancia que cura.

La mente que opera a través del lenguaje, es la herramienta a partir de la cual el sujeto construye su propia realidad. Y como tanto el lenguaje como la mente operan a partir de la experiencia, se puede decir que la realidad es posible gracias a ésta experiencia (Yañez, 2005). Por tanto resignificar esta experiencia también sería posible a través del lenguaje, ya que la simbolización de

contenidos es la base del cambio significativo. En palabras de Guidano (1994) “esta capacidad de separarse de la inmediatez del contexto interaccional, se conviene en un instrumento esencial para reordenar la experiencia inmediata y estabilizar la coherencia interna”(p.26). Por ejemplo una perturbación que se genera en una intersubjetividad corporizada y que se mantiene como contenidos insuficientemente simbolizados, pueden ser elaborados a nivel consciente a través de la intersubjetividad narrativa terapéutica, permitiéndole al sujeto el reconocimiento y por tanto su incorporación dentro de los márgenes de la coherencia sistémica.

Como Yañez (2005) explica, este cambio cursa preferentemente en el plano del lenguaje simbólico y es sustentado en una alianza terapéutica. En otras palabras, este cambio cursa en la dinámica de la intersubjetividad narrativa y es sustentado por la intersubjetividad corporizada, las cuales emergen en la experiencia psicoterapéutica.

Intersubjetividad Ontológica

Este proceso intersubjetivo comienza desde el nacimiento, donde el sujeto se ve comprometido en una diferenciación ontológica primaria, que permite un sentido constante de autorreconocimiento que surge de una demarcación estable entre la autopercepción y la percepción del mundo (Heidegger, 1999). El logro de la capacidad de diferenciar entre el sí mismo y el otro, parece ser esencial para un autorreconocimiento estable.

En la intersubjetividad ontológica, no se hace necesaria la emergencia contingente del otro sujeto en el campo perceptivo (a diferencia de la intersubjetividad corporizada), ya que en este nivel es la subjetividad del sujeto la que está permeada por la alteridad desde los inicios de su existencia. Hay que recordar que cualquier noción de subjetividad es posibilitada por la existencia de una intersubjetividad.

Esto implica que cualquier “...reflexión sobre el sí-mismo, el descubrimiento del yo, la capacidad de ejecutar cualquier *epoché*¹⁶, pero también la posibilidad de

¹⁶ Para fenomenología, la epoché, consiste en poner entre parentesis la realidad y cualquier doctrina sobre ésta.

establecer un mundo circundante comunicativo está fundada en la proto-experiencia de la relación-nosotros” (Schütz, 2003 p.254).

Según Guidano (1994) “convertirse en un sí mismo ontológico corresponde a un ordenamiento autorreferencial de la tensión esencial percibida en la sincronía interaccional con los demás” (p.31).

Como ya se ha visto previamente en este trabajo, la dinámica social en la que está inmerso el sujeto en el curso de su vida va modelando la forma en que construye su propia realidad y la forma como experimenta las relaciones interpersonales. Posteriormente este modelo personal construido vincularmente, delinea y limita las posibles relaciones futuras, las que están inmersas en esta realidad construida por el sujeto. Es así como el individuo es generador de un proceso de mantención y reconstrucción permanente, tanto del mundo en el que participa, como de sí mismo.

De acuerdo con Yáñez (2005) “en cada sujeto habita una proposición de lo que es real, y el esfuerzo vital o existencial del sujeto consiste en poner en interacción su propia construcción de la realidad con la de los demás” (p.42). Esta intersubjetividad ontológica, es la que provee de significado al sujeto que experimenta, ya que según Heidegger (1927/1962), todo significado tiene sus raíces en la ontología del ser-en-el-mundo.

De esta forma los vínculos primarios que van entregando experiencias recurrentes, como estímulos externos que promueven el diseño neuronal del menor, proveen de las estructuras que corresponden al sustrato fisiológico de la capacidad emergente propia de los procesos centrales, de tipo reflexivo y conceptual.

Por ejemplo, se ha demostrado que, dependiendo de la capacidad sincrónica del cuidador con el menor, pueden existir hiper o hipo activaciones de ciertas hormonas, que al ser recurrentes influyen en la maduración del sistema nervioso central, el sistema límbico y el sistema nervioso autónomo (Balbiernie, 2021). Esta profunda y amplia influencia de los vínculos tempranos, establece las características estructurales con las que el sujeto cuenta para su significación del mundo y las relaciones.

En línea con lo planteado por Guidano (1987) el ordenamiento temprano en el desarrollo del individuo va tomando la forma de significados personales “esto es: la propia forma de codificar la realidad para encontrar evidencia al sentido de sí mismo y del mundo en la experiencia diaria”. Por tanto, la intersubjetividad biológica, la corporizada y la narrativa, entregan un input informacional a la intersubjetividad ontológica, la que a su vez va dando forma a la experiencia subjetiva que reordena la manera de experimentar las otras intersubjetividades (biológica, corporizada y narrativa).

Por ejemplo, un individuo que en su infancia tuvo vínculos primarios que no proveyeron de experiencias de aprendizaje para la regulación emocional cuando se sentía temeroso, establece una tendencia emocional hacia la hiperactivación ansiosa frente a las dificultades de la vida. Este patrón emocional estará presente en sus procesos de intersubjetividad corporizada, por ejemplo, en sus mecanismos empáticos.

Como ya vimos, la empatía corporizada está mediatizada por las características estructurales y los estados emocionales actuales del sujeto que empatiza. Por tanto, tendrá una respuesta espejo encarnada al encuentro con el otro, con una tendencia ansiosa predominante.

Esta forma tácita de vivir el encuentro con el otro será interpretada a partir de la forma en que tiende a significar sus relaciones, activando a su vez reacciones neurofisiológicas que refuerzan su diseño neuroanatómico estructural y funcional y en consecuencia fortalecen sus patrones vinculares. Esta es la forma en que se articulan los cuatro niveles de intersubjetividad propuestos, los que se encuentran en una circularidad incesante.

La manera de modificar esta dinámica circular sería, por ejemplo, una relación terapéutica que logre generar una perturbación tal, que rompa la dinámica automática ansiosa y, a través del lenguaje, logre resignificar sus vivencias en el encuentro con los otros.

El considerar la historia intersubjetiva en la cual el sujeto construye sus significados ontológicos cobra vital relevancia al momento de comprender la configuración de sus síntomas. Es por esto, que las intervenciones constructivistas ponen de relieve el abordar la operación de los sistemas de

significación personales del sujeto, que hace posible un ordenamiento ontológico de la realidad, a partir de la dinámica entre procesos subjetivos y procesos de identidad (Dinámica de la Mismidad) (Yáñez, 2005). Esto implica un análisis del paciente, a través del paso del tiempo o su ontogenia, por medio de los relatos que construye durante las sesiones acerca de los acontecimientos pasados, remotos o cercanos.

Esta exploración diacrónica del paciente se da dentro de lo que Yáñez (2019, apuntes clases) llama un Emergente Interpersonal Terapéutico, entendido como “espacio simbólico intersubjetivo que, como resultado de la relación entre paciente y terapeuta, expertos en sus propios sistemas de conocimiento personales, en interacción recíproca inextricable, producen las condiciones personales complejas necesarias para el cambio”.

Es en este espacio terapéutico, en el que los cuatro niveles de intersubjetividad se ponen de manifiesto y se utilizan para promover una resignificación ontológica en la historia del paciente, moviéndose entre lo biológico y lo ontológico, en el diálogo terapéutico. Con lo anterior, esta nueva relación significativa terapéutica tiene un poder de rediseño en la arquitectura neurobiológica, que a su vez favorece una reestructuración en sus procesos prerreflexivos y resignificación ontológica consciente.

Una vez explicados los cuatro niveles que componen la intersubjetividad constructivista cognitiva, se hace necesario entregar una definición integradora de esta noción. Para efectos del presente trabajo la intersubjetividad será entendida como un “proceso fenomenológicamente ineludible que transcurre en el espacio vincular a niveles biológico, corporizado, narrativo y ontológico; en que el conocimiento del mundo y el sentido de sí mismo son el resultado de vivir en una relación inextricable con los demás”.

VIII. CONCLUSIONES

La intención del presente trabajo fue aportar al avance en la comprensión de la noción de intersubjetividad en el contexto psicoterapéutico por medio de una integración teórico-empírica entre el modelo constructivista cognitivo, la fenomenología y las evidencias provenientes de la neurociencia.

Intentando responder a las siguientes preguntas directrices ¿Cuáles son los componentes de la intersubjetividad que pueden ser responsables de la construcción de la subjetividad? ¿Cuál es el papel de la intersubjetividad en la construcción de significados personales?

Como resultado de la revisión documental realizada, se constató que la fenomenología y la neurociencia mantienen un diálogo fructífero en torno diversos temas como la conciencia, el self, la intersubjetividad, entre otros.

Este logro, se debe al esfuerzo realizado por encontrar un lenguaje en común y un enfoque donde lo psicológico y mental no se ve separado de lo biológico corporal.

La fenomenología plantea la concepción de un sujeto que es interdependiente con su entorno y que existe encarnadamente. Este yo fenomenológico, ocurre en dos niveles simultáneos. A nivel corporizado, a través de un yo mínimo y a nivel simbólico mediante el yo narrativo.

Este sujeto fenomenológico está inmerso desde su concepción en una intersubjetividad corporizada, espacio en que entra en contacto con el mundo de la alteridad.

Esta concepción de sujeto ofrece la posibilidad de ser objeto de investigaciones empíricas, ya que el sistema neurobiológico sería el sustrato físico de la planteada encarnación o corporeidad del yo mínimo.

Los resultados más destacados para efectos de este trabajo son aquellos que indican que el cerebro humano depende absolutamente de las relaciones vinculares para la formación de sus capacidades críticas. Por otro lado, esta dinámica vincular es la que moldea la arquitectura del cerebro, ofreciendo la estructura biológica a la base del estilo emocional, cognitivo, conductual y relacional que tendrá el sujeto a lo largo de su vida.

Otro importante hallazgo va de la mano con el avance en el estudio del sistema de neuronas espejo. Explicando que la forma en que logramos entender al otro es, a través de una simulación corporizada mapeando en el cerebro propio las emociones, intenciones y acciones observadas en el otro. Esto responde en gran medida la pregunta fenomenológica respecto “al problema del otro”.

También hay interesantes resultados respecto al sí mismo en el cerebro. Varias investigaciones documentaron que las zonas involucradas en el desarrollo del self, son las mismas que se activan en temáticas donde hay otras personas involucradas. Lo que lleva a sugerir que no hay ningún mecanismo neuronal en el cerebro que sea exclusivo para procesos relacionados con el sí mismo. Como tal, esta evidencia implicaría un continuo yo-otro en las regiones del cerebro involucrados en los procesos del self.

Esto podría implicar que el cerebro humano construye la propia identidad, utilizando las mismas estructuras cerebrales que se utilizan para comprender al resto de las personas.

Estos resultados dan soporte a la noción de sujeto constructivista, que al igual que el yo fenomenológico, es eminentemente un ser en relación y tiene una necesidad ineludible de buscar en los vínculos su propia certeza y completitud. La construcción de su mismidad ocurre inserto en un mundo que ofrece su información para construirse a si misma y al igual que el yo fenomenológico, el yo constructivista es un sí mismo como otro. Su dinámica vital discurre entre el encontrar su similaridad con los otros y a su vez encontrarse a sí mismo como ser único.

En este proceso de construcción de la identidad se mueve entre un “Yo” que experimenta y un “Mi” que se explica la experiencia y que da coherencia al sentido del yo en una historia. Al igual que el yo fenomenológico que se mueve entre un yo mínimo, prerreflexivo y el yo narrativo, consciente y capaz de simbolizar el flujo de su experiencia.

La neurociencia a documentado, que el sujeto es capaz de reconocerse a sí mismo como un ser distinto a los otros, alrededor de los dos años, momento en el cual entran en juego las estructuras corticales capaces de diferenciar las propias intenciones de las de los otros. Es decir, cuando el sujeto ya es capaz

de realizar actos simbólicos y se desapega de la experiencia concreta del instante. En ese momento el descubre que es un sujeto distinto a sus figuras vinculares, con deseos e intenciones diferentes.

Al incorporar el lenguaje, la memoria autobiográfica entra en acción y ya es posible dejar de vivir permanentemente en el “Yo” que experimenta, dando paso a un “Mi” que construye un sentido coherente de sí a través del tiempo.

Al igual que el “yo” constructivista que experimenta momento a momento, el yo mínimo de la fenomenología también vive de manera automática, tácita y prerreflexiva. Sin dejar un registro en la memoria de este flujo de existir momento a momento.

Los experimentos de laboratorio han demostrado que el cerebro se encuentra en este estado de conciencia tácita entre el 95% y 98% del tiempo, y se mantiene de esta forma hasta que alguna perturbación del entorno active los procesos conscientes de mayor nivel, en los que la corteza prefrontal se ve involucrada.

El yo narrativo de la fenomenología o el “Mi” constructivista, estarían activos entonces entre un 5% a un 2% de tiempo, ya que requiere de las funciones ejecutivas más complejas del cerebro, volviendo el procesamiento de información infinitamente más lento que en el estado prerreflexivo. El resto del tiempo, el cerebro funciona a niveles de bajo costo energético, usando a gran velocidad la información procesada por todo el cuerpo.

A partir de lo revisado en este trabajo, es posible plantear que el individuo se mueve en su “Yo” mínimo durante casi toda su vida, aplicando patrones emocionales y vinculares desarrollados en su cerebro intersubjetivamente. Estas dinámicas prerreflexivas originan respuestas en la alteridad, que confirman o desconfirman los modelos tácitos que el sujeto utiliza.

Ante ciertas situaciones perturbadoras, el individuo pasa a un estado de “Mi” que se explica la experiencia e intenta simbólicamente significarla de forma tal de mantener su coherencia sistémica. Cuando esto no se logra, el síntoma aparece. Sin embargo, sin elementos para cambiar su patrón tácito y automático en su forma básica (como yo mínimo), el sujeto no logrará el adecuado equilibrio sistémico.

El “Mi” o yo narrativo, tienen la posibilidad de actuar como una especie de reprogramador de las estructuras previas. Se ha visto que, como resultado de la terapia, el cerebro del paciente cambia, tanto funcional como estructuralmente (Kandel, 1998).

Al igual que el diseño neuroanatómico inicial, esta reprogramación ocurre en una dinámica vincular, como podría ser el espacio intersubjetivo terapéutico. En este espacio, el terapeuta genera las condiciones para que los niveles tácitos y narrativos se pongan a disposición de una resignificación de la historia y que emerjan nuevos patrones más adaptativos para la situación actual del sujeto, facilitando la coherencia sistémica.

Como es posible vislumbrar hasta ahora, son múltiples los niveles en que se desplaza un sujeto en el devenir de sus experiencias. Es por esta razón que una definición de intersubjetividad no puede sino ofrecer una mirada integradora de estas distintas dimensiones. Por otro lado, demanda una articulación clara, que favorezca una comprensión más holística del ser humano y permita una sofisticación en el abordaje psicoterapéutico.

En otro nivel de reflexión, quisiera poner de relieve la importancia que los vínculos tienen para la definición de la identidad del sujeto. No queda más que destacar el gran acierto de los teóricos constructivistas, cuando apostaron por dar un giro a la forma en que se estaba concibiendo al ser humano. Dejar fuera su historia, su corporalidad y la influencia de la historia vincular, aportaba a una psicoterapia incompleta, que no consideraba los elementos más fundamentales en la comprensión del padecimiento del paciente.

La presente tesis, viene a enriquecer la comprensión del fenómeno intersubjetivo que ya es una pieza clave del cuerpo teórico a la base del modelo constructivista cognitivo y que a su vez es parte constituyente de su teoría clínica e intervenciones psicoterapéuticas.

Queda planteado el desafío de realizar investigaciones empíricas dentro del mismo modelo constructivista cognitivo, para validar tanto su teoría clínica, como sus intervenciones terapéuticas en torno a la noción de intersubjetividad.

IX. BIBLIOGRAFÍA

1. Ackroyd, K., Riddoch, M. J., Humphreys, G. W., Nightingale, S., and Townsend, S. (2002). Widening the sphere of influence: Using a tool to extend extrapersonal visual space. *Neurocase*, 8, 1–12.
2. Adasme, D. (2018). De los sistemas auto-organizados a la apertura de la experiencia o las diferencias de fundamento entre la perspectiva procesal sistémica de Vittorio Guidano y la mirada fenomenológica hermenéutica de Giampiero Arciero. *Revista Posracionalismo*.
3. Adolphs R. (1999). Social Cognition and the Human Brain. *Trends in Cognitive Sciences* 3: pp. 469-479.
4. Akitsuki, Y., Decety, J., (2009). Social context and perceived agency affects empathy for pain: an event-related fMRI investigation. *Neuroimage* 47, 722–734.
5. Amsterdam, B. (1972). Mirror self-image reactions before age two. *Dev. Psychobiol.*, 5: 297-305. <https://doi.org/10.1002/dev.420050403>
6. Anderson, A. and Phelps, E. (2000). Expression without recognition: Contributions of the human amygdala to emotional communication. *Psychological Science*, 11, 106–111.
7. Apperly, I. A., Samson, D., Chiavarino, C., and Humphreys, G. W. (2004). Frontal and temporo-parietal lobe contributions to theory of mind: Neuropsychological evidence from a false-belief task with reduced language and executive demands. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 16, 1773–1784.
8. Arciero (2005) *Estudios y diálogos sobre la identidad personal : reflexiones sobre la experiencia humana*. Amorrortu.
9. Arciero, G. (2009). *Tras las huellas de Sí mismo*. Amorrortu Editores.
10. Arciero, G. & Bondolfi, G. (2011). *Selfhood, Identity and Personality Styles*. Wiley-Blackwell.
11. Arciero, G., Bondolfi, G., Mazzola, V. (2018). *The Foundations of Phenomenological Psychotherapy*. Springer.
12. Balbernie, R. (2017). Relationship-based interventions in the early years. In Leach, P. (ed) *Transforming Infant Wellbeing. Research, Policy and Practice for the First 1001 Critical Days*. (pp.177-185) Routledge.

13. Balbernie, R. (2021). IJBPE Vol 5 Issue 1 Hazards and hopes in the early years.pdf.https://www.researchgate.net/publication/348907358_IJBPE_Vol_5_Issue_1_Hazards_and_hopes_in_the_early_yearspdf
14. Balbi, J. (2004). *La mente narrativa*. Paidós
15. Baron-Cohen, S. (2005). *Autism and the origins of social neuroscience*. Psychology Press.
16. Barrett, L., Henzi, P., and Rendall, D. (2007). Social brains, simple minds: does social complexity really require cognitive complexity? *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series B, Biological Sciences*, 362(1480), 561–575.
17. Beltrán-Jaimes, J., & Moreno-López, N. & Polo-Díaz, J., & Zapata- Zabala, M., & Acosta- Barreto, M.R. (2012). Memoria autobiográfica: un sistema funcionalmente definido. *International Journal of Psychological Research*, 5(2),108-123.
18. Belvadere, C. (2002). Génesis de la noción mundo en la fenomenología de Merleau-Ponty. Entre la subjetividad y la intersubjetividad, Instituto de Investigaciones Gino Germani – Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos, serie Documentos de Trabajo, n° 29.
19. Bernardis, P. and Gentilucci, M. (2006). Speech and gesture share the same communication system. *Neuropsychologia*. 44. 178-90.
20. Bolwby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Morata.
21. Borja, K. C., Abdelgabar, A. R., De Angelis, L., McKay, L. S., Keysers, C., and Gazzola, V. (2020). Changes in brain activity following the voluntary control of empathy. *NeuroImage*, 216.
22. Bradshaw, GA.,and Schore, AN. (2007). How elephants are opening doors: developmental neuroethology, attachment and social context. *Ethology*, 113, 426-436
23. Breuer, J. and Freud, S. (1895/1995), Studies on Hysteria. In James Strachey (Ed.) *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*. London: Hogarth Press, Vol.2, xxxii, pp. 1–335, *American Journal of Clinical Hypnosis*, 38:3, 234-237, DOI: 10.1080/00029157.1996.10403343
24. Brothers, L. (1997). *Friday's footprint: How society shapes the human mind*. Oxford Press.

25. Brothers, L. (2002). The social brain: A project for integrating primate behavior and neurophysiology in a new domain. In J. T. Cacioppo et al. (Eds.), *Foundations in neuroscience*, (pp. 367-385). Cambridge, MA: MIT Press.
26. Bruner, J. (2002). *Actos de Significado: más allá de la revolución cognitiva*. Alianza.
27. Cabeza, R. and Nyberg, L. (2000). Imaging cognition. II. An empirical review of 275 PET and fMRI studies. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 12, 1–47.
28. Cabeza, R., Prince, S. E., Daselaar, S. M., Greenberg, D. L., Budde, M., Dolcos, F. (2004). Brain activity during episodic retrieval of autobiographical and laboratory events: An fMRI study using a novel photo paradigm. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 16, 1583–1594.
29. Cabrera, C. (2013). Intersubjetividad a priori y empatía. *Revista Colombiana de Filosofía*, ISSN-e 0120-0062, Vol. 62, N°. 152, 2013, págs. 71-93
30. Cacioppo, J., Lorig, T., Nusbaum, H. and Berntson, G.. (2004). Social Neuroscience: Bridging Social and Biological Systems. In Sansone, C. Morf, C. (Eds). *The Sage Handbook of methods in social psychology* (pp.383-404)
31. Cacioppo, J. and Cacioppo, S. (2013). Social Neuroscience. *Perspectives on Psychological Science*. 8. 668-70. DOI:10.1177/1745691613507456.
32. Corballis, M. (2003). From Mouth to Hand: Gesture, Speech, and the Evolution of Right-Handedness. *The Behavioral and brain sciences*. 26. 199-208; 10.1017/S0140525X03000062.
33. Cozzolino, L. (2002). *The neuroscience of psychotherapy*. Norton.
34. Cozzolino, L. (2014). *The Neuroscience of Human Relationships: Attachment and the Developing Social Brain*. Norton & Company.
35. Choudhury, S. and Slaby, J. (2012). *Critical Neuroscience: A Handbook of the Social and Cultural Contexts of Neuroscience*. John Wiley & Sons.
36. Cruz Villalobos, L. (2014). *Hermenéuticas del trauma. Aproximación al trauma y su afrontamiento positivo como fenómenos hermenéuticos*. (Tesis de magister no publicada). Universidad de Chile.
37. Damasio, A. (1999). *The feeling of what happens: Body and emotion in the making of consciousness*. Harcourt Brace.

38. Damasio, A.R. (2003). *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow and the Feeling Brain*. William Heinemann.
39. Damasio, A., Carvalho, G.B., (2013). The nature of feelings: evolutionary and neurobiological origins. *Nat. Rev. Neurosci.* 14, 143–152.
40. Danese, A., McLaughlin, K., Samara, M., Stover, C.(2020) Psychopathology in children exposed to trauma: detection and intervention needed to reduce downstream burden *BMJ* 371 :m3073 doi:10.1136/bmj.m3073
41. Davidson, G., Devaney, J., Spratt, T. (2010). The Impact of Adversity in Childhood on Outcomes in Adulthood. *Journal of Social Work.* 10. 10.1177/1468017310378783.
42. Decety, J., Chaminade, T. (2003). When the self represents the other: A new cognitive neuroscience view on psychological identification. *Consciousness and Cognition*, 12, 577-596
43. Decety, J. and Jackson, P. L (2004). Motor cognition: A new paradigm to study self-other interactions. *Current Opinion in Neurobiology*, 14, 259–263.
44. Decety, J y Svetlova, M (2012). Putting together phylogenetic and ontogenetic perspectives on empathy. *Developmental Cognitive Neuroscience* 2, Número 1-24 Elsevier
45. Decety, J., Smith, K., Norman, G., Halpern, J. (2014) Una perspectiva de la neurociencia social sobre la empatía clínica. *World psychiatry revista oficial de la asociación mundial de psiquiatría*. Vol 13 nº 3
46. Dehaene, S. (2015). *La conciencia en el cerebro: Descifrando el enigma de cómo el cerebro elabora nuestros pensamientos*. Siglo XXI.
47. Devinsky, O. (2000). Right Cerebral Hemisphere Dominance for a Sense of Corporeal and Emotional Self. *Epilepsy & Behavior.* 1. 60-73. 10.1006/ebch.2000.0025.
48. Duarte, J. (2012). *La psicoterapia constructivista cognitiva: Aportes desde la intersubjetividad para la comprensión de la identidad narrativa*. (Tesis de Magister). Repositorio Universidad de Chile.
49. Dunbar, R. I. M. (1996). *Grooming, gossip and the evolution of language*. Faber and Faber.
50. Dunbar, RIM., and Shultz. S. (2007). Evolution in the social brain. *Science.* ;317(5843):1344–7.

51. Dunbar RIM.(2011). Evolutionary basis of the social brain. In Decety, J. and Cacioppo, J., *Oxford handbook of social neuroscience*. Oxford University Press; 2011. p. 28–38.
52. Dunbar RIM.(2014). The Social Brain: Psychological Underpinnings and Implications for the Structure of Organizations. *Current Directions in Psychological Science*. 2014;23(2):109-114.
53. Easton A. and Emery N.J. (2005). *The Cognitive Neuroscience of Social Behaviour*. Psychology Press
54. Edelman, G. (1989). *The remembered present: A biological theory of consciousness*. Basic Books.
55. Farrell, M. J. & Robertson, I. H. (2000). The automatic updating of egocentric spatial relationships and its impairment due to right posterior cortical lesions. *Neuropsychologia*, 38, 585–595.
56. Farrer, C., Franck, N., Georgieff, N., Frith, C. D., Decety, J., and Jeannerod, M. (2003). Modulating the experience of agency: A positron emission tomography study. *Neuroimage*, 18, 324–333.
57. Feinberg, T.E. & Keenan, J. (2005). The Lost Self: Pathologies of the Brain and Identity. 10.1093/acprof:oso/9780195173413.001.0001.
58. Ferrater Mora, J. (1990). *Diccionario de filosofía: José Ferrater Mora* (1a. ed.). Alianza.
59. Filley, C. (2020) Social Cognition and White Matter: Connectivity and Cooperation. *Cogn Behav Neurol*, Vol 33, Number 1.
60. Flasbeck, V., Gonzalez-Liencre, C., Brüne, M. (2018). The Brain That Feels Into Others: Toward a Neuroscience of Empathy. *Elsevier* .DOI:10.1016/B978-0-12-809837-0.00002-7.
61. Fonagy, P., Steele, M., Steele, H., Moran, G. S., & Higgitt, A. C. (1991). The capacity for understanding mental states: The reflective self in parent and child and its significance for security of attachment. *Infant Mental Health Journal*, 12(3), 201–218.
62. Foley W.A. (1997) *Anthropological Linguistics: An Introduction*. Blackwell Publishers.
63. Franks, D. (2010). *Neurosociology: The Nexus Between Neuroscience and Social Psychology*. Springer.
64. Frith, C. D., and Frith, U. (2006). The neural basis of mentalizing. *Neuron*, 50, 531–534. [http:// doi.org/10.1016/j.neuron.2006.05.001](http://doi.org/10.1016/j.neuron.2006.05.001).

65. Gallagher, S. (2014) Phenomenology and embodied cognition. In Shapiro, I. (ed.) *The routledge handbook of embodied cognition*. Routledge.
66. Gallagher, S. (2000). Philosophical conceptions of the self: Implications for cognitive science. *Trends in Cognitive. Sciences*, 4(1), 14–21.
67. Gallagher, S., and Zahavi, D. (2012). *The phenomenological mind* (2nd ed.). Routledge.
68. Gallese, V., Keysers, C., and Rizzolatti, G. (2004). A unifying view of the basis of social cognition. *Trends in Cognitive Sciences*, 8, 396–403.
69. Gallese, V., and Lakoff, G. (2005). The brain's concepts: The role of the sensory-motor system in reason and language. *Cognitive Neuropsychology*, 22, 455–479.
70. Gallese, V. (2009). Mirror Neurons and the Neural Exploitation Hypothesis: From Embodied Simulation to Social Cognition En Pineda, J.,(Ed) *Mirror Neuron Systems. The role of mirroring processes in social cognition*. (pp. 163-190) Springer.
71. Gallese, V. (2011). Neuroscience and phenomenology. *Phenomenology & Mind*, 1, 33-48.
72. Gazzaniga, M. S. (1985). *The social brain*. Basic Books.
73. Gazzaniga, M. (1998). *The mind's past*. Berkeley: University of California.
74. Gillihan, S. J., and Farah, M. J. (2005). Is self special? A critical review of evidence from experimental psychology and cognitive neuroscience. *Psychological Bulletin*, 131(1),76–97.
75. Gonzalez-Liencre, C., Shamay-Tsoory S. Brüne M. (2013) Towards a neuroscience of empathy: Ontogeny, phylogeny, brain mechanisms, context and psychopathology. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 37 (2013) 1537– 1548.
76. Greenberg, L., Rice, L., & Elliot, R. (1993). *Facilitating Emotional Change: The Moment-by-Moment Process*. The Guilford Press.
77. Gros, A. E. (2018). La intersubjetividad como dato del mundo de la vida. Una reconstrucción sistemática de la crítica de Alfred Schutz a la 'Quinta meditación cartesiana' de Husserl. *Ideas y Valores*, 67 (168), 289-317.
78. Guamanga, M. (2006). "Aproximación al problema de la intersubjetividad en La fenomenología de Husserl y en al de Merleau Ponty". *Revista Legein De Estudiantes De Filosofía* .Nº 2 p.5 - 22 ,

79. Guidano, V. (1987). *Complexity of the self*. Guilford Press.
80. Guidano, V. (1994). *El Sí Mismo en Proceso: Hacia una terapia cognitiva posracionalista*. Paidós.
81. Guidano, V. (2001). *Vittorio Guidano en Chile*. Aronsohn S.(ed) F. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Sociedad Chilena de Terapia Posracionalista <http://www.psicoterapia.name/VGUIDANO.PDF>
82. Guidano, V. y Liotti, G. (2006). *Procesos Cognitivos y Desordenes Emocionales*. Cuatro Vientos.
83. Gunnar, M. (2020). Early adversity, stress, and neurobehavioral development. *Development and Psychopathology*, 32(5), 1555-1562.
84. Gusnard, D. , Akbudak, E., Shulman, G. L., and Raichle, M. E. (2001). Medial prefrontal cortex and self-referential mental activity: Relation to a default mode of brain function. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 98, 4259–4264.
85. Gusnard, D (2006) Neural Substrates of Self-Awareness. In Cacioppo, J; Visser, S. & Pickett, C. (Eds) *Social Neuroscience. People thinking about thinking people*. (pp. 41-62).Massachusetts Institute of Technology
86. Heidegger, M. (1927/1962). *Being and time* (J. Macquarrie & E. Robinson, Trans.), Harper & Row.
87. Heidegger, M. (1999). *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Alianza.
88. Henry, JP. (1993). Psychological and physiological responses to stress: The right hemisphere and the hypothalamo pituitary- adrenal axis, an inquiry into problems of human bonding. *Integrative Physiological & Behavioral Science*, 28, 369-387
89. Hernández, R.; Fernández, C. y Baptista, P. (2014) *Metodología de la Investigación*. Editorial Mc Graw Hill Interamericana, 6ta. Edición.
90. Hobbs, J. (2006). The origins and evolution of language: A plausible strong-AI account. InM. Arbib (Ed.), *Action to language via the mirror neuron system*. CambridgeUniversity Press.
91. Husserl, E. (1913/1939). Ideas pertaining to a pure phenomenology and to a phenomenological philosophy, second book: Studies in the phenomenology of constitution (R. Rojcewicz and A. Schuwer, Trans.). Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.

92. Husserl, E. (1950). *Husserliana i: Cartesianische Meditationen und Pariser Vorträge*. [Hua i]. Den Haag: Martinus Nijhoff.
93. Iacoboni, M. (2009). *Las neuronas espejo: Empatía, neuropolítica, autismo, imitación, o de cómo entendemos a los otros*. Katz Editores.
94. Iacoboni, M. (2009) The Problem of Other Minds Is Not a Problem: Mirror Neurons and Intersubjectivity. In Pineda, J.,(Ed) *Mirror Neuron Systems. The role of mirroring processes in social cognition*. (pp. 121-133) Springer.
95. Ibañez, A. and García. A. (2018). *Contextual Cognition: The Sensus Communis of a Situated Mind*. Springer.
96. Jason P. Mitchell, M F. Mason, C. Neil M., and Mahzarin R.B.(2006). Thinking about Others: The Neural Substrates of Social Cognition. In Cacioppo, J; Visser, S. & Pickett, C. (Eds) *Social Neuroscience. People thinking about thinking people*. (pp. 64-82).Massachusetts Institute of Technology
97. Jeannerod, M. (2006). Consciousness of Action as an Embodied Consciousness. In Susan P., William P.B. and Gallagher S. (Eds) *Does Consciousness Cause Behavior?*.MIT Press.
98. Kandel, E. (1998). A New Intellectual Framework for Psychiatry. *American Journal of Psychiatry*, 155, 457-469.
99. Kandel, E. (2005). *Psychiatry, Psychoanalysis, and the New Biology of Mind*. American Psychiatric Publishing.
100. Kelley, W. M., Macrae, C. N., Wyland, C. N., Caglar, S., Inati, S., and Heatherton, T. F. (2002). Finding the self? An event related fMRI. *Journal of Cognitive Neuroscience*. 14(5):785-94
101. Keysers, C., and Gazzola, V., (2009) Unifying Social Cognition. En Pineda, J.,(Ed) *Mirror Neuron Systems. The role of mirroring processes in social cognition*. (pp. 3-38) Springer.
102. Kreiman, G. (2014). Neural correlates of consciousness: Perception and volition. In Gazzaniga M.S. and Mangun G.R. (Eds.) *The cognitive neurosciences* (p. 791–800). MIT Press.
103. Krienen, F. M., Tu, P. C., & Buckner, R. L. (2010). Clan mentality: Evidence that the medial prefrontal cortex responds to close others. *Journal of Neuroscience*, 30(41), 13906–13915.
104. Lancaster, K., Carter, C. S., Pournajafi-Nazarloo, H., Karaoli, T., Lillard, T. S., Jack, A., et al. (2015). Plasma oxytocin explains individual differences

- in neural substrates of social perception. *Frontiers in Human Neuroscience*, 9, 132.
105. Lecannelier, F. (2006). *Apego e Intersubjetividad. Los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental*. Lom.
 106. Lecannelier, F. (junio, 2018). La teoría del apego: una mirada actualizada y la propuesta de nuevos caminos de exploración. *Aperturas Psicoanalíticas*, 58. Recuperado de: <http://aperturas.org/articulo.php?articulo=0001026#contenido>
 107. LeDoux, J. E. (1996). *The emotional brain*. Simon & Schuster.
 108. LeDoux, J. (2002). *Synaptic self: How our brains become who we are*. Penguin Group.
 109. León, A. y Tamayo, D. (2011). La psicoterapia cognitiva posracionalista: un modelo de intervención centrado en el proceso de construcción de la identidad. *Katharsis* No. 12, pp. 37-58.
 110. López, M.C. (1994). Intersubjetividad trascendental y mundo social. *Enrahonar* 22, 33-61
 111. Mahoney, M. (1991). *Human change processes. The scientific foundations of psychotherapy*. Basicbooks.
 112. Mahoney, M. (2005). *Psicoterapia Constructiva. Una Guía Práctica*. Paidós.
 113. Maravita, A., Spence, C., and Driver, J. (2003). Multisensory integration and the body schema: Close to hand and within reach. *Current Biology*, 13, R531–R539.
 114. Marcel, G., (1935) *Être et Avoir*. Presses Universitaires de France.
 115. Maturana, H. (1978). Biology of language: The epistemology of reality. In Miller, G.A. y Lenneberg, E. (comps.), *Psychology and biology of language and thought: Essays in honor of Eric Lenneberg*. Academic Press.
 116. Maturana, H. (1990). *Biología de la cognición y epistemología*. Universidad de la Frontera.
 117. Maturana, H. y Varela, F. (1998). *El árbol del conocimiento*. Editorial Universitaria.
 118. Mearns, D. y Cooper, M. (2011). *Trabajando en profundidad relacional en counseling y psicoterapia*. Gran Aldea Editores.

119. Merleau-Ponty, M. (1945). *Phenomenology of Perception*. Routledge.
120. Merleau-Ponty, M. (1960/1964). *Signs* (R. C. McCleary, trans.). Evanston, IL: Northwestern University Press.
121. Merleau-Ponty, M. (1996). *Phenomenology of perception*. Motilal Banarsidass Publishe.
122. Merleau-Ponty, M. (2012). *Phenomenology of Perception*. Trans. D. A. Landes. Routledge.
123. Misailidi, P., Tsiara, E., (2021) Conscience and theory of mind in children aged 4 to 7 years, *Journal of Experimental Child Psychology*, Volume 203,105007
124. Mitchell, J. P., Banaji, M. R., & Macrae, C. N. (2005). General and specific contributions of the medial prefrontal cortex to knowledge about mental states. *Neuroimage*, 28(4), 757–762.
125. Mitchell, J. P. (2009). Social psychology as a natural kind. *Trends in Cognitive Sciences*, 13, 246–251.
126. Moran JM, Macrae CN, Heatherton TF, Wyland CL, Kelley WM. (2006). Neuroanatomical evidence for distinct cognitive and affective components of self. *J Cogn Neurosci*. 2006 Sep;18(9):1586-94.
127. Morelli, S. A., Rameson, L. T., and Lieberman, M. D. (2012). The neural components of empathy: Predicting daily prosocial behavior. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 9(1), 39–47.
128. Neimeyer, R. y Mahoney, M. (1998). *Constructivismo en psicoterapia*. Paidós.
129. Nelson CA, Scott RD, Bhutta ZA, (2020) Adversity in childhood is linked to mental and physical health throughout life. *BMJ* 2020;370:m3048. doi: 10.1136/bmj.m3048.
130. Northoff, G. (2017) How Is Our Self Related to Its Brain? Neurophilosophical Concepts. Ibáñez, A. Sedeño, L., García A., (eds.) *Neuroscience and Social Science. The missing link*. Springer.
131. Perrin F, Maquet P, Peigneux P, Ruby P, Degueldre C, Balteau E. (2005). Neural mechanisms involved in the detection of our first name: a combined ERPs and PET study. *Neuropsychologia*. 43,12-19
132. Piaget, J. (1969). *Biología y Conocimiento*. Siglo XXI.

133. Pineda, J., Moore, A., Elfenbein, H., Cox, R. (2009). Hierarchically Organized Mirroring Processes in Social Cognition: The Functional Neuroanatomy of Empathy. In Pineda J.(ed), *Mirror Neuron Systems: The Role of Mirroring Processes in Social Cognition* (pp.135-160)
134. Ricoeur, P. (1986/1991). *From text to action. Essays in hermeneutics, II.* (K. Blamey & J. B. Tompson, trans.), Northwestern University Press.
135. Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro.* Siglo XXI.
136. Ritter, K., Dziobek, I., Preißler, S., Rüter, A., Vater, A., Fydrich, T., ... Roepke, S. (2011). Lack of empathy in patients with narcissistic personality disorder. *Psychiatry Research*, 187(1-2), 241–247. doi:10.1016/j.psychres.2010.09.013
137. Safran, J. and Segal, Z. (1994). *El proceso interpersonal en la terapia cognitiva.* Paidós.
138. Sánchez, R., y Medina, Jorge. (2018). El cuerpo vivo y la subjetividad trascendental en la fenomenología de Edmund Husserl. *Veritas*, (40), 9-28.
139. Santamaría, A. & Montoya, E.M.. (2008). La memoria autobiográfica: el encuentro entre la memoria, el yo y el lenguaje. *Estudios de Psicología*. 29. 333-350.
140. Sassenfel, A. (2010) Consideraciones sobre la intersubjetividad en su contexto filosófico, evolutivo y clínico. *Rev GPU* 6; 3: 317-327
141. Schore, A. N. (1994). *Affect regulation and the origin of the self: The neurobiology of emotional development.* Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
142. Schore, A.N. (2001) Effects of a secure attachment relationship on right brain development, affect regulation, and infant mental health. *Infant Mental Health Journal*, vol.22 (1-2), pp.7-66.
143. Schore, A.N. (2002) Dysregulation of the right brain: a fundamental mechanism of traumatic attachment and the psychopathogenesis of posttraumatic stress disorder. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 36:9 – 30
144. Schore AN (2003). *Affect regulation and the repair of the self.* Norton.
145. Schütz, A.(1962) *Collected Papers i: The Problem of Social Reality.* The Hague: Martinus Nijhoff.

146. Schütz, A.(2003) *Theorie der Lebenswelt 1: Die pragmatische Schichtung der Lebenswelt, Alfred Schutz Werkausgabe*. t. v. Vol. 1. Konstanz: uvk.
147. Siegel DJ 1999. *Developing mind: Toward a neurobiology of interpersonal experience*. Guilford, New York
148. Singer, T. y Leiberg, S. (2009). Sharing the Emotions of Others:The Neural Bases of Empathy. Gazzaniga, M.(ed) *The cognitive neurosciences*. Massachusetts Institute of Technology
149. Stein, E. (1989). *On the Problem of Empathy*, trans. W. Stein. Washington, DC: ICS.
150. Stevens, L. & Gauthier-Braham, M. and Bush, B. (2018). The Brain That Longs to Care for Itself: The Current Neuroscience of Self-Compassion. In Stevens L. and Woodruff, C. *The Neuroscience of Empathy, Compassion, and Self-Compassion* (pp.91-120) Academic Press
151. Stone, V. E., & Gerrans, P. (2006). What's domain-specific about theory of mind. *Social Neuroscience*, 1(3-4), 309–319.doi:10.1080/17470910601029221
152. Stone, V. E., Baron-Cohen, S., & Knight, R. T. (1998). Frontal lobe contributions to theory of mind. *Journal of Cognitive*. 10(5):640-56
153. Suddendorf, T. (1998). Simpler for evolution: Secondary representation in apes, children, and ancestors. *Behavioral and Brain Sciences*. 21. 10.1017/S0140525X98410707.
154. Tryon, W. (2014). *Cognitive Neuroscience and Psychotherapy. Network Principles for a Unified Theory*. Academic Press
155. Uddin, L. Q., Kaplan, J. T., Molnar-Szakacs, I., Zaidel E., & Iacoboni, M. (2005). Self-face recognition activates a frontoparietal “mirror” network in the right hemisphere: An eventrelated fMRI study. *Neuroimage*, 25, 926–935.
156. Ustárrroz, J., Sayes, G., Bilbao, M., Valero, P. (2007). ¿Qué es la teoría de la mente?. *Revista de Neurología*. 44. 479. 10.33588/rn.4408.2006295.
157. van Dongen JDM.(2020) The Empathic Brain of Psychopaths: From Social Science to Neuroscience in Empathy. *Front Psychol*. 11:695. doi: 10.3389/fpsyg.2020.00695.
158. Varela, F.; Thompson, E. y Rosch, E. (2005). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Gedisa Editorial.

159. Vergara, P. (2011). *El sentido y significado personal en la construcción de la identidad Personal*. (Tesis de Magister). Repositorio Universidad de Chile.
160. Vivanco, M. (2010). *Sociedad y Complejidad. Del discurso al modelo*. LOM.
161. Vogeley, K. (2017). Two social brains: Neural mechanisms of intersubjectivity. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*. 372. 20160245. 10.1098/rstb.2016.0245.
162. Wentworth, W. and J. Ryan (1992). Balancing body, mind and culture: The place of emotion in social life. In D. D. Franks, V. Gecas (Eds.) *Social perspectives on emotion*, vol. 1, pp. 25–46. Greenwich, CT: JAI Press.
163. Yáñez, J., Gaete, P., Harcha, P, Kühne, W., Leiva, V. y Vergara. P. (2001), Hacia una metateoría constructivista cognitiva de la psicoterapia. *Revista de Psicología*, 10(1), 97- 110
164. Yáñez, J. (2005) *Constructivismo Cognitivo: Bases conceptuales para una psicoterapia breve basada en la evidencia*. (Tesis Doctoral). Repositorio Universidad de Chile.
165. Yáñez, J. (2019) Apuntes de Clase Magister en Psicología Clínica de Adultos. Universidad de Chile.
166. Zahavi D. (2002) *Husserl's phenomenology*. Stanford University Press
167. Zahavi, D. (2005). *Subjectivity and selfhood: Investigating the first-person perspective*. MIT Press.
168. Zahavi, D. (2010). Empathy, Embodiment and Interpersonal Understanding: From Lipps to Schutz. *Inquiry*, 53(3), 285-306.
169. Zahavi, D. (2015). Self and other: From pure ego to co-constituted we. *Continental Philosophy Review*, 48(2), 143-160. <https://doi.org/10.1007/s11007-015-9328-2>
170. Ziabreva I, Poeggel G, Schnabel R, Braun K (2003). Separation- induced receptor changes in the hippocampus and amygdala of Octodon de gus: influence of maternal vocalizations. *Journal of Neuroscience*, 23, 5329-5336
171. Zúñiga, A. (2012). *Avances en la noción de sujeto y subjetividad en el constructivismo cognitivo: aportes del paradigma de la complejidad*. (Memoria para optar al Título Profesional de Psicóloga.) Repositorio Universidad de Chile.